



«Una obra maestra inquietante.»  
*Publishers Weekly*

HANNE ØRSTAVIK

# Amor

NOVELA

DUOMO  
NEFELIBATA



# **AMOR**

**HANNE ØRSTAVIK**

Lotte K. Tollefsen



**Duomo ediciones**  
Barcelona, 2018

*Título de la edición original: Kjærlighet*

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 1997, Hanne Ørstavik

© 2018, de la traducción: Lotte K. Tollefsen

Créditos imagen de la cubierta: *Thaw (Deshielo)* © Einar Reuter (Ahtela H.), VEGAP, Barcelona, 2018

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012  
Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore  
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

ISBN: 9788417128883

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Cuando sea vieja nos marcharemos en tren. Tan lejos como podamos. Contemplar montañas, ciudades y mares por la ventanilla, hablar con gente de países desconocidos. Estar juntos todo el tiempo. Nunca llegar a ningún lugar.

Tres libros por semana, con frecuencia cuatro, cinco. Si pudiera leería todo el tiempo, tapada con el edredón, con un café, muchos cigarrillos y un camión calentito. Podría pasar sin tele, si nunca la veo, piensa, pero no puede ser por Jon.

Se aparta para dejar paso a una anciana que camina dando tumbos, tirando de un carrito gris sobre la carretera helada. Está oscuro, es la nieve amontonada junto a la carretera que da sombra, piensa Vibeke. Entonces se da cuenta de que ha olvidado encender los faros delanteros y ha recorrido casi todo el trayecto hasta casa con el coche sin luces.

Las enciende.

Jon intenta no parpadear. No lo consigue. Es por los músculos alrededor de los ojos que se le contraen. Está de rodillas en la cama, mirando por la ventana. El silencio es total. Está esperando a que Vibeke vuelva a casa. Intenta mantener los ojos abiertos, relajados, observa fijamente el mismo punto al otro lado de la ventana. Hay por lo menos un metro de nieve. En la tierra, bajo la nieve, viven ratones. Tienen pasadizos y túneles. Se visitan, piensa Jon, a lo mejor se intercambian comida.

El ruido del coche. Cuando está esperando que llegue no es capaz de reproducirlo mentalmente. Lo he olvidado, piensa. Pero luego vuelve, a menudo cuando interrumpe la espera y ya no está pensando en ello. Ella llega y él reconoce el sonido, lo oye con la tripa, su tripa se acuerda, no soy yo, piensa. Nada más oír el coche lo ve por un ángulo de la ventana; el coche azul asoma por la curva, entre la nieve amontonada junto a la carretera. Gira el volante al llegar a la casa y sube por la leve pendiente hasta la entrada.

El motor suena con fuerza, llena la habitación hasta que lo apaga. La oye cerrar la portezuela del coche antes de que se abra la puerta de la calle, cuenta los segundos hasta que se vuelve a cerrar.

Los mismos ruidos todos los días.

Vibeke empuja las bolsas de la compra hacia el recibidor y se agacha para desabrocharse los cordones de las botas. Tiene las manos hinchadas por el frío, la calefacción del coche se ha estropeado. La semana pasada llevó a una compañera que se encontró en el supermercado. Le comentó que conocía a alguien que podía arreglarlo a buen precio. Vibeke sonríe al pensarlo. No tiene mucho dinero y ninguna intención de invertirlo en el coche. Se da por satisfecha con que se mueva.

Coge el correo de la mesita de debajo del espejo. Siente los hombros un poco rígidos, lo justo después de un día ajetreado. Se queda un rato haciendo rotar los hombros y estirando el cuello, luego echa la cabeza hacia atrás y deja escapar un suspiro.

Se está quitando el abrigo, piensa él: la imagina en el recibidor, frente al espejo, colgando el abrigo en el perchero mientras se contempla. Seguro que está cansada, piensa. Abre una caja de cerillas y saca dos. Se coloca una cerilla en la cuenca de cada ojo para impedir que los párpados

se le cierran. Se te pasará cuando crezcas, le dice Vibeke cuando está de buen humor. Las cerillas son como palos gruesos, es difícil ver así. Le viene a la cabeza el tren de juguete, no lo puede evitar. Piense en lo que piense, un tren recorre sus pensamientos, oscila por la curva haciendo sonar el silbato y pasa a toda velocidad. Tal vez pueda darle un masaje en la cara, piensa, masajearle la frente, las mejillas. Lo han aprendido en clase de educación física, se supone que es bueno.

Ella lleva las bolsas a la cocina, deja el correo sobre la mesa y coloca la compra en el frigorífico, deja unas latas sobre la estantería. El ingeniero de la Sección Técnica, el moreno de ojos marrones, se sentó frente a ella cuando presentaron el Plan de Acción Cultural, su primer cometido como asesora recién contratada. Ella había insistido en que lo imprimieran con una portada a todo color, una inspiradora obra de un artista local.

Se queda junto a la encimera de la cocina, bebe un vaso de agua.

Salió muy bien, después varias personas se le acercaron para decirle que se alegraban de tenerla entre ellos. Que los inspiraba, que visualizaban nuevas posibilidades. El hombre de los ojos marrones le había sonreído varias veces durante la presentación, en el turno de preguntas hizo un comentario sobre que estaba muy interesado en ampliar la colaboración entre los distintos departamentos.

Se aparta un mechón del rostro, se pasa la melena sobre el hombro y se la acaricia, satisfecha de llevarla larga, por fin.

Oye sus pasos por el suelo, sobre su cabeza. Los zapatos. Vibeke siempre lleva zapatos en casa. Unos zapatos veraniegos con un tacón bajito. Se quita las cerillas. Raspa una contra la caja, no sopla, no quiere soltarla mientras esté encendida. Falda y pintalabios en el trabajo. Cuando llega a casa se cambia y se pone un chándal gris con cremallera en el cuello. Puede que se esté cambiando. Es tan suave por dentro, ven, tócalo. Le regaló unas zapatillas cuando se mudaron aquí. Las trajo uno de los primeros días, al volver del trabajo, envueltas en papel floreado. Se las lanzó y dijo que tenía que cogerlas al vuelo. Zapatillas de lana que le llegan al tobillo, con suela de piel. Se ajustan con una trabilla metálica. Si no la abrocha, las zapatillas tintinean cuando camina.

Vibeke deja el vaso de agua sobre la mesa. Mira por la ventana, está oscuro. Las farolas están encendidas, iluminan la calle que pasa entre las casas. Hacia el norte la carretera del pueblo vuelve a desembocar en la nacional. Es una especie de círculo, piensa, se puede llegar hasta el centro del pueblo, pasar por delante del ayuntamiento y las tiendas, entre las casas, salir a la carretera principal más arriba, ir hacia el sur y regresar otra vez al centro. La mayoría de las casas tienen las ventanas del salón orientadas hacia la carretera. Deberíamos abordar la arquitectura de forma integral. La parte trasera de todas las casas da al bosque. Anota unas palabras clave en un papel: identidad, autoestima. Estética. Información.

Va al salón. Sobre el sofá hay una manta de lana gris con círculos blancos, el revés es blanco con círculos grises. La recoge y acerca la butaca al radiador, bajo la ventana. Coge un manual de la pequeña mesa redonda.

El libro tiene una cubierta plastificada, es agradable al tacto. Lo acaricia con la mano izquierda antes de abrirlo. Lee unas líneas. Luego se queda con el libro abierto en el regazo, se reclina, cierra los ojos. Imagina rostros del trabajo, personas que han pasado por su despacho, qué bien que ha quedado. Revisa situaciones mentalmente, repasa sus propios gestos.

Jon está en la puerta del salón, mirándola. Intenta no parpadear. Quiere pedirle algo para su

cumpleaños, mañana cumple nueve. Se dice a sí mismo que puede esperar, ahora está dormida. Un libro en el regazo. Está acostumbrado a verla así. Un libro, la intensa luz de la lámpara de pie. A menudo tiene un cigarrillo encendido, suele seguir los hilillos de humo con la mirada mientras forman remolinos hacia el techo. Su largo cabello oscuro sobre el respaldo, un mechón asoma por el borde y oscila levemente. Acaríciame el pelo, Jon.

Se da la vuelta y va a la cocina, coge unas galletas del armario. Se mete una galleta entera en la boca, intenta ablandarla sin que se rompa.

Baja a su cuarto otra vez, se pone de rodillas en la cama. Coloca las galletas en fila en el alféizar de la ventana.

Contempla la nieve, piensa en todos los copos que se necesitan para hacer un montón. Intenta calcular mentalmente cuántos se necesitan. Lo han aprendido hoy en el cole. Se llaman cristales de hielo. No hay dos iguales. ¿Cuántos puede haber en una bola de nieve? ¿Y en las manchitas de nieve en la ventana?

Vibeke abre los ojos. Por los grandes ventanales del salón, ve las luces traseras de un coche que desaparece carretera abajo. Repasa mentalmente todas las personas a las que conoce, por si pudiera ser alguna de ellas. El ingeniero, piensa, tal vez sea él.

Se incorpora y mira el reloj, va a la cocina y pone un poco de agua a hervir, pica media cebolla. Cuando el agua hierve, aparta la cazuela del fogón y echa unas salchichas, abre el frigorífico y guarda la media cebolla que no ha picado. Enciende la radio. Es un programa de entrevistas, no escucha lo que dicen. El intercambio de voces crea un eco musical. Recoge un plato sucio de la mesa. Tiene migas por el borde y restos de leche en el fondo. Todavía lleva puesta la falda corta. Es vieja, pero se mueve con suavidad sobre el trasero y los muslos. Las medias finas son un lujo que se permite. La mayoría de las personas se visten en función del tiempo que hace. Gruesos leotardos y, a menudo, otro par encima que se quitan en el lavabo al llegar. La vida es demasiado corta para no ir guapa, piensa. Mejor pasar frío.

Aclara el plato bajo el grifo, pasa el cepillo para desprender unas migas que se han quedado enganchadas. Es Jon quien suele comer cuando vuelve del colegio. Galletas o cereales. Con frecuencia enciende la radio mientras come y luego se olvida de apagarla. Alguna vez, al llegar a casa después del trabajo, le ha llegado un rumor de voces procedentes de la cocina y ha creído que tenían visita.

El programa de entrevistas se ha terminado, suena una canción y reconoce a un grupo famoso. Sabe el nombre pero ahora mismo no lo recuerda. Siente ganas de coger un buen libro, uno muy gordo, uno de esos que resultan más intensos y reales que la vida misma.

Me lo merezco, piensa, después del esfuerzo que he hecho en el trabajo y todo.

Jon se sienta. La cama está justo al lado del radiador de debajo de la ventana. Al tumbarse puede sentir el calor en un lado del cuerpo. En el cabecero de la cama tiene un estante azul con cosas: revistas, un rollo de celo, una linterna y una pistola de agua. Pulsa un botón de la radio que reposa sobre la estantería y gira el dial hasta encontrar un canal de música. Intenta diferenciar los instrumentos. Guitarras equilibradas, piensa, porque se lo ha oído decir a alguien. Guitarras equilibradas.

Se tumba sobre la cama y cierra los ojos. Piensa que cuando no piensa en nada su cabeza debe de quedarse completamente a oscuras; como una habitación grande cuando la luz está apagada.

Ella recuerda de pronto el nombre del grupo. Claro, se dice. La escena de una fiesta para celebrar el final de los exámenes: otro estudiante, más joven que ella, con coleta. Habían bailado esa canción, precisamente esa. Él seguía el ritmo con las caderas pegadas a su culo de una manera que en realidad resultaba bastante vulgar.

Sonríe.

Ha sacado una bolsa de tortitas de patata de un cajón, y un tenedor para pescar las salchichas. Se asoma al recibidor y llama a Jon. Encuentra un protector para poner la cazuela encima y lo deja sobre la mesa. Le entran ganas de encender una vela, rebusca en el cajón pero parece que ha olvidado comprarlas. ¿Que no piensa venir? Vuelve a llamarlo, baja la escalera y se acerca a su cuarto.

Sueña que juega al baloncesto con unos amigos. Hace sol y calor y encesta muchas canastas, está contento y corre hacia casa para contárselo a Vibeke. Sale despacio de la cocina. Empieza a hablarle, pero sonrío de una manera tan rara que se da la vuelta para bajar a su cuarto. En la escalera hay una mujer idéntica a Vibeke. Le susurra algo como si quisiera atraerlo. Cuando está a punto de inclinarse hacia ella una tercera mujer sube por la escalera. Tal vez ella, sea Vibeke. Se queda muy quieto.

Se despierta porque Vibeke está en la puerta, rodeada de luz, dice que es hora de cenar.

Jon sube tras ella por la escalera, se sientan a la mesa de la cocina. Vibeke apaga la radio. Mientras comen, revisa el correo. Jon ve que son folletos publicitarios de tiendas de muebles y grandes supermercados. En una de las hojas ve un titular impreso: «Feria». Pregunta qué más pone. Vibeke lee en voz alta que ha llegado una feria al campo de deportes, junto al ayuntamiento, tiene una atracción en forma de nave espacial y sillas voladoras. La feria no es para ti, Jon, dice ella. Jon pregunta si tienen juegos en 3D. Vibeke no sabe lo que son. Una nave espacial y esas cosas, dice Jon, juegos de ordenador en los que te sientas dentro de una máquina y conduces por la galaxia y tienes que superar obstáculos. Vibeke relee el folleto, no encuentra nada de eso.

La mira, ella sigue comiendo y pasando páginas. Nota el chasquido de la piel tirante de la salchicha al romperse cuando muerde.

Jon se prepara otra salchicha. Se apilan en su estómago como troncos de madera en el bosque, con un poco de esfuerzo siempre cabe uno más.

Al bosque va un sendero, olvidado y secreto.

Si das con él, tu cuerpo hará el resto.

Entre árboles, flores y setos,  
entrarás en un viejo palacio,  
en el palacio hay tres damas tan briosas y leves,  
se sientan despacio.

Esperan al príncipe, quién sabe si alguna vez vendrá,  
mientras esperan cantan con un eco que triste te  
dejará.

Ese sitio ¿cómo era?, preguntaba siempre Vibeke cuando la princesa se refugia en el interior de un palacio desconocido. Cuéntalo tú, Jon. Recuerda estar sentado en su regazo y describir grandes habitaciones vacías con las ventanas abiertas y cortinas largas y ligeras. Velas encendidas y alfombras suaves. Tú sabes cómo tienen que ser Jon, solía decirle. Me gustan tanto las habitaciones grandes y luminosas.

Mira por la ventana. En la casa del otro lado de la calle vive un viejo. Como no tiene coche, la entrada de su casa no está por completo despejada de nieve. El viejo traza un sendero en la nieve con una pala. Para ir a la tienda utiliza un trineo que se impulsa con el pie. Requiere su tiempo; Jon lo ha visto detenerse y usar el asiento para descansar. Hace días que no lo ha visto salir de casa. Seguro que ha hecho demasiado frío. Casi no ha quitado la nieve del sendero. La señora de la tienda ha venido en la furgoneta de reparto. Ha dejado el motor encendido mientras vadeaba la nieve para llegar a la casa. Jon la ha visto entregar un par de bolsas por la puerta entreabierta y luego volver casi corriendo a la carretera.

Vibeke se observa la mano cuando la alarga para coger otra tortita de patata. Los dedos son largos, sigue los tendones del dorso de la mano con la mirada. El aire de dentro reseca la piel, lo



único que ayuda es la crema de toda la vida, Spenol. Y las uñas. El pelo. El frío los reseca.

El centro de la ciudad no queda lejos, pero a pesar de eso tiene la sensación de que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo allí. Intenta recordar cuándo fue. Ya vale, Jon. Poco más de una semana. El sábado pasado. La librería, claro. Ella y Jon comieron tarta en un sitio libre de humo. Dios, vaya sitio, una pastelería como de plástico. A esta ciudad le hace falta una cafetería de diseño sofisticado, es como una casa sin un recibidor en condiciones. Ya basta, Jon. La verdad es que hace mucho que no me compro ropa, piensa. Le vendría bien un modelito nuevo, de veras que se lo merece después de todo lo que se ha esforzado con la mudanza. Intenta no parpadear todo el rato, Jon, pareces un ratón. Se acuerda de una falda estrecha y lisa, de color beis, que una mujer llevaba puesta una vez en un seminario.

Jon mira una foto colgada de la pared junto a la ventana. Es una foto aérea de la comarca, enmarcada en negro. Estaba allí cuando se mudaron. La observa mientras come otra salchicha. Las casas están alineadas junto a la calle. La carretera traza una línea regular. A pesar de que la foto es vieja y empieza a amarillear, no hay ninguna diferencia de entonces a ahora, solo que todo estaba más nuevo cuando hicieron la foto. Intenta visualizar quién vive en cada una de las casas, pero solo conoce aquellas en las que vive alguien de su clase. Si observa la foto el tiempo suficiente, saldrán de las casas y empezarán a moverse como en los dibujos animados.

A un chico de su clase le regalaron una maqueta de un caza por su cumpleaños, hace dos semanas. Jon quiere un tren. Marca Märklin. Solo necesita unas pocas piezas para empezar, lo mejor sería una vía sencilla y una locomotora.

En la mochila hay un talonario con números para la rifa del club deportivo. Cuando acabe de comer irá por las casas que ve en la foto a vender papeletas.

Vibeke se pone en pie y deja los platos y los vasos en la encimera de la cocina. Jon está de rodillas en la silla, inclinado sobre la mesa, ve que intenta atrapar la última salchicha utilizando el tenedor a modo de estay. Cuenta un chiste que se ha inventado de un hombre que se tira por la ventana y nunca llega al suelo. A ella le parece que a sus chistes les falta un desenlace. Jon consigue atrapar la salchicha, la parte por la mitad y le da un trozo. Ella sonríe. Siempre se comen la última así, la comparten, sin ponerle nada. Luego se queda un rato apoyado en los codos, como si esperara algo. Le cuenta que ha visto una foto de una tortura en una revista, un hombre que está colgado sin llegar a tocar el suelo con la cabeza oculta bajo una capucha. Tiene los brazos atados con cuerda a una barra, lleva tanto tiempo colgado que los brazos casi se le desprenden del cuerpo, dice Jon. No podrías marcharte ya, piensa ella. Se te podría ocurrir algo que hacer, jugar un poco.

—Está bien que te acuerdes de los que sufren —dice ella—. Si todo el mundo lo hiciera, tal vez el mundo sería un poco mejor.

Alarga la mano y le acaricia el cabello.

—¿Ya has hecho algún amigo por aquí?

Tiene el pelo fino y suave.

—Jon -dice—, mi queridísimo Jon.

Repite el gesto, se mira la mano. Se ha puesto un esmalte de uñas beis claro con un toque de rosa, le gusta ir discreta al trabajo. Se acuerda del estuche nuevo que todavía debe de estar en el bolso, color ciruela, ¿o era vino?; un color de labios oscuro, sensual, y el esmalte en el mismo tono. Una combinación que hace juego con un hombre moreno de ojos marrones, piensa de repente esbozando una sonrisa.

Jon coge la mochila del recibidor. Saca el talonario de papeletas del pequeño bolsillo delantero donde suele llevar el sándwich. Se pone un par de calcetines extra antes de atarse las botas grises. Se abriga con la chaqueta y la bufanda azul. El gorro. Se mira en el espejo. Intenta evitarlo pero no lo consigue: revisa los bolsillos del abrigo de Vibeke. Entre unos recibos y un viejo billete de autobús encuentra unas monedas. Grita desde el recibidor que se va.

Abre la puerta y permanece unos instantes en el umbral. Cuando inspira, siente en la nariz el frío que hace.

Jon pasa junto al coche de Vibeke. Se para y sostiene el talonario de lotería entre las rodillas, reúne nieve sobre el maletero del coche y la compacta. No se convierte en una bola, la nieve es polvo. La sopla para quitarla de las manoplas, que golpea entre sí. Producen chasquidos, penetrantes y agudos. Los ruidos son muy livianos cuando hace frío. Todo se vuelve ligero. Como si él mismo fuera una burbuja llena de aire que en cualquier momento pudiera elevarse y desaparecer en el espacio.

Lleva el talonario en la mano y cruza la calle, sube por el pequeño sendero limpio de nieve. Se oyen crujidos bajo sus zapatos. El viejo tiene un tejadillo sobre la puerta de la entrada, debajo hay leña apilada. El viento ha hecho que la nieve se acumule entre los leños. La luz de fuera no está encendida. Jon da con el timbre a oscuras. Lo pulsa, pero no oye ningún sonido. Está tan silencioso, piensa Jon. El viejo abre la puerta de golpe, es tan repentino que Jon se sobresalta.

—¿Quieres comprar lotería? -pregunta enseñándole el talonario. Es para el club de atletismo.

El viejo lo observa, luego desvía la mirada, hacia la calzada. Mueve deprisa los ojos. Hace mucho de la última vez que pasó un coche. Hace demasiado frío para que la gente esté dando vueltas por la calle. Le indica a Jon con un gesto que pase. Cierra la puerta de la calle y entra por otra puerta al interior de la casa. Jon sube y baja los pies sin moverse del sitio para quitarse la nieve de las botas y lo sigue.

Es un salón con cocina abierta. En la encimera hay un televisor pequeño. Están dando una película en blanco y negro, el volumen está bajado del todo. El viejo se acerca despacio a una estufa de leña y se agacha apoyado sobre una rodilla, parece un poco agarrotado. Añade un tronco. Lo sujeta con la mano dentro de la manga del jersey y cierra la puerta hasta dejar una estrecha rendija. Luego se da la vuelta y le sonríe.

—Debería durar un rato. La gente no se puede helar cuando viene a visitar a este viejo.

Junto a la ventana hay una mecedora que oscila débilmente. Estaría sentado allí cuando he llamado a la puerta, piensa Jon. Tal vez me ha visto llegar.

—¿El club de atletismo, dices?

El hombre arrastra los pies hasta la encimera y abre un cajón, pregunta cuántos cupones tiene Jon y cuánto cuestan. Jon contesta. El viejo saca un monedero, dice que se los va a comprar todos. Escribe su nombre en el resguardo del talonario y pone paréntesis y comillas en todas las páginas numeradas. Le lleva tiempo. Jon mira a su alrededor.

En la pared, encima de la mecedora, cuelgan tres marcos redondos con viejos retratos, de esos que están nebulosos por los bordes, como si estuvieran a punto de desaparecer. En el rincón hay una caña de pescar. Puede que sea para pescar con mosca, piensa. El año pasado Vibeke tuvo un novio que quería enseñar a Jon a pescar con mosca. Solo los chicos, dijo sacando un plano para enseñarle por dónde iban a ir, señaló un río, le habló de diferentes pozas. Ahí, había dicho, ahí pescarás uno grande. Había mirado a Vibeke y había sonreído. Pero entonces desapareció sin más. Jon ni siquiera los había oído discutir.

El viejo se gira hacia Jon, le da el talonario y unos billetes.

—Eres nuevo por aquí, ¿no?

—Sí, llegamos hace cuatro meses y tres días.

Jon guarda el dinero y el talonario en la bolsa. Está contento.

—Y ya vas por ahí con un talonario de lotería. Los del club de atletismo sí que saben cómo poner a la gente a trabajar.

Jon dice que se acaba de apuntar para empezar a patinar.

El hombre tiene el pelo completamente blanco, largo y fino, y está despeinado. Tiene la cara roja, piensa Jon, como si acabara de despertarse.

—¿Quieres que te enseñe una cosa? —dice.

—¿El qué? —pregunta Jon.

Intenta no parpadear.

—Enseguida verás. Casi había olvidado esa historia, casi la había olvidado por completo.

El hombre se acerca a una puerta, la abre y le da a un interruptor. Sale luz de una bombilla que está enroscada directamente en la pared. Jon ve que hay una escalera que baja al sótano.

Vibeke va al baño y se mira en el espejo. Puede ver en su expresión que ha tenido un buen día. Satisfecha, activa. Equilibrada. Junto a la fosa nasal derecha brilla un cristal minúsculo, ella le responde con un guiño. Mi pequeña estrella de la suerte. Coge un cepillo y se inclina hasta que el largo y oscuro mar ondulado casi toca el suelo. Primero lo recorre con cuidado para deshacer los nudos, luego lo cepilla con movimientos largos y tranquilos empezando desde el cuero cabelludo. Después lo tira hacia atrás. Quiere que le forme un halo alrededor de la cara. Se mira en el espejo. El pelo no se le alborota, se le pega en hebras a la frente. Podría ir a la biblioteca, piensa. Suele reservarse la biblioteca para los sábados y hoy solo es miércoles, pero no le quedan novelas. Decide que primero se va a dar un baño y lavarse la cabeza, permitirse ese capricho.

Jon lo sigue escalera abajo. Está empinada, el viejo baja los escalones uno a uno. Una gruesa cuerda hace de pasamanos. Abajo, en el sótano, avanza por un pasillo. En el suelo hay una alfombrilla de césped artificial. Ahí abajo huele a rancio, a Jon le parece que huele a tierra. El hombre se detiene al final del pasillo, ante una puerta. Se vuelve hacia Jon con la mano en el pomo.

Se desnuda mientras llena la bañera, la botella de gel de baño está vacía, por desgracia. Coge un algodón de un dispensador de un estante en la pared y elimina la laca de uñas con acetona. Cuando el agua llega al borde cierra el grifo. Se mete despacio, el agua rebosa, siente que se le pone la piel de gallina, los pezones se le endurecen y nota un cosquilleo en la nuca. Entonces se sienta. Introducirse en el agua caliente es una pura bendición, piensa. Literalmente. Bendición. Se queda quieta, disfruta de cada segundo.

—Es una historia curiosa —dice el viejo.

Junto a una de las paredes hay un camastro, el resto son estanterías que van del suelo al techo, llenas de viejas cajas de madera. Huele a polvo y a moho. Jon piensa que tal vez el hombre tenga una colección de trenes eléctricos, los primeros de Europa. De pronto nota que tiene ganas de hacer pis. El hombre sigue hasta llegar a la estantería, saca de la mitad de la estantería una caja, mete la mano. De un gancho, junto a la puerta, cuelgan una correa de cuero para perro y una cadena de metal.

—Mira esto —le dice el hombre a Jon.

Se da la vuelta, sostiene un par de patines marrones.

—Cosidos a mano. Me los regaló mi padre.

El hombre acerca los patines para que Jon los toque. Jon da unos pasos al frente y siente el cuero rígido bajo las yemas de los dedos, los patines tiemblan, como las manos del viejo.

—Eran un lujo en aquella época —dice—. Patines cosidos a mano sobre cuchillas de hierro. Nadie en el pueblo tenía unos así. Con ellos gané la carrera de Kalott, vinieron chavales de Rovaniemi, Utsjoki, Neiden y de más al interior, rusos. Corrimos en el lago Storvannet. Mil metros. Antes de Stalin y el infierno, antes de Hitler y toda esa mierda. Sobre el hielo negro. Eso es antes de que nieve, cuando el agua se congela y el hielo queda al descubierto.

Vibeke se enjabona el cabello, con movimientos circulares, como en la peluquería. Cierra los ojos para impedir la llegada de estímulos externos, solo quiere estar dentro de su cuerpo, sentir desde el interior. Recuerda un sueño, un hombre que decía: «Eres tan guapa». Estaban al pie de una escalera alfombrada junto a unos espejos de marco dorado, había puertas de color rojo oscuro que llevaban a los baños. Estaban en una fiesta, la fiesta era en lo alto de la escalera, ahí estaba la gente, las luces, las voces. Música alta. Al pie de la escalera, silencio; el hombre había salido por una puerta, la vio y dijo: «Eres tan guapa». Eso la hizo feliz, se inclinó al frente para acercarle la mejilla y él la besó con delicadeza. Luego salió por una puerta giratoria, llevaba un traje oscuro y una camisa blanca. No llevaba gabardina, solo una fina bufanda de lana sobre los hombros. Ella se había quedado mirándose al espejo. Feliz. Esa era la parte bonita. El resto del sueño no merece ser recordado. De pronto la fiesta se había terminado. Habían apagado las luces, la escalera había desaparecido. Vio que estaba sola en unos baños públicos, apestaba a orina, sentía frío vestida solo con las medias. Salió por la puerta giratoria por la que se había ido el hombre. Llegó a un descampado asfaltado y medio helado, una farola brillaba más adelante. Estaba vacío, fue hacia una puerta en un muro del descampado que creía que llevaría a una calle.

Bueno, bueno, piensa, al menos el principio fue bonito. Estaría bien hacer una fiesta. Podría prepararla aquí en su casa, invitar a la gente del trabajo. Romper el hielo, hacerse con una red de contactos. Se imagina el salón decorado con un montón de velas y cascadas de flores. Ojos brillantes y risas agudas. En su salón. Podría escribir una hermosa invitación en papel con una cita de un poema.

Se ducha para quitarse el jabón y se aclara el cabello. La cañería resuena cuando cierra el grifo. Aparta la cortina de la ducha y se mira en el espejo, borrosa a través del vaho. Qué usarían para beber. No tiene vasos suficientes para tantos. Tendrá que comprar unos cuantos el sábado en la ciudad. Ha visto unos con el cristal de la copa y el pie coloreados. Pero puede que resulte un poco excesivo. Decide buscar unos que sean sencillos, alegres, un diseño de calidad.

Jon vuelve a cruzar la calle, regresa a casa. Después de entrar tira de la puerta hasta que nota que está bien cerrada, se ha formado hielo en el umbral. Se quita los guantes y los deja caer en la cesta blanca del rincón. Baja a su cuarto sin quitarse la chaqueta, deja la bolsa de las papeletas y el dinero del viejo. Cuando Jon se iba a marchar, el hombre le ha cortado una tira ancha de carne seca de un trozo que colgaba de un gancho en el recibidor. Deja el trozo de carne en el escritorio.

Se queda un rato mirando a su alrededor, el póster con la panorámica de la Vía Láctea y los planetas, las rayas azules y verdes del papel pintado. Siente alivio ahora que ha vendido todas las papeletas, no tenía ganas de ir por ahí con el talonario. Se pregunta qué hacer. Intenta no parpadear. Pero no le sale. Se mete la pistola de agua verde en el bolsillo de atrás y sube por la escalera. Frente al espejo del recibidor practica para desenfundarla lo más rápido que puede.

Hace calor con la chaqueta puesta dentro de casa, suda, pero no se la quiere quitar. Se pregunta qué aspecto tiene cuando parpadea, pero no lo puede saber. Tal vez podría verlo si alguien le hiciera una foto. Vibeke sale desnuda del baño con el pelo envuelto en una toalla. Jon la mira, luego intenta apartar la vista. Ah, estás ahí, Jon, dice ella, creía que habías salido. Sigue hasta el salón, la oye poner otro CD, pulsar los botones, la breve pausa antes de que apriete play. Es la misma canción que pone una y otra vez por las mañanas antes de ir a trabajar. Grita en voz alta desde el salón como si estuviera muy lejos: Jon, ¿has visto mi loción corporal?

Jon se apunta a sí mismo en el espejo. Sujeta la pistola firme con las dos manos y los codos apoyados en el cuerpo cuando aprieta el gatillo. ¿Qué aspecto tiene el cuerpo cuando está lleno de agujeros? Piensa en gominolas con forma de hombre y tarta de chocolate con relleno de crema marrón clarito, no oscuro como en el último cumpleaños al que fue. Ve a Vibeke detrás de él, en el espejo, sale desnuda de la cocina con el bote de la loción, lo levanta sonriente para que vea que lo ha encontrado. Gira hacia el salón, sube el volumen. Siempre va allí por las mañanas para ponerse crema después de ducharse. Pero no suele ducharse por la noche. Piensa que tal vez quiera ahorrar tiempo para el día del cumpleaños preparándose ahora.

Ahora que está quieto nota una corriente de aire frío. Llega desde la puerta de la calle hacia el recibidor. Tendrían que haberla aislado con un burlete y haber puesto plástico alrededor, como ha visto en otras casas. Se mete la pistola de agua en el bolsillo trasero, se cambia de gorra. Vibeke necesita tranquilidad para los preparativos. Mejor si no está en casa cuando haga la tarta, para que sea más parecido a una sorpresa de verdad, piensa Jon. Sale. Al llegar a la calle se arrepiente de no haberse puesto las manoplas, pero no vuelve a subir a casa.

Vibeke llama a Jon. No encuentra el periódico de ayer, había un artículo que según la gente del trabajo era muy bueno. En la mano derecha sostiene un cigarrillo. No hay respuesta. Pero si lo ha visto hace un momento. Enciende el pequeño aplique sobre el sofá, comprueba que el diario no se haya colado detrás. Estará haciendo algo abajo, en su cuarto, piensa. Coge el bolso y se lo lleva al baño, apaga el cigarrillo en el lavabo. Se pone el sujetador, se sienta en la tapa del retrete y saca del bolso el bote de laca para uñas, lo abre. Observa el color rojo intenso sobre el pequeño pincel, tiene ganas de sentir el pincel sobre los labios. Suave y frío, piensa. Se aplica el barniz en las uñas de los pies, cada vez que termina una uña estira la pierna para admirarla.

Jon camina hacia el centro del pueblo. Las farolas forman círculos de luz en el suelo, va de uno a otro. Oye música y un sonido distante de máquinas que vibran, piensa que seguramente será la feria que ya habrá empezado. Camina más deprisa. En el tramo desierto del sanatorio se detiene y parte un trozo de una de las ramas que marcan el recorrido de las máquinas quitanieves, escribe su nombre en la nieve. Jon. Después lo borra, no quiere dejar huellas. Tira la rama lo más lejos que puede, hacia el interior del bosque. Se sopla las manos mientras sigue su camino.

Al salir de la curva ve a dos chicas patinando un poco más adelante. Tienen el pelo largo y sale disparado hacia todas partes cuando dan vueltas. Patines de niña, piensa, para hacer piruetas. Se acuerda de sus patines de cuchilla larga y niquelada. Las chicas siguen patinando cuando él se acerca. Ve que han ensayado unos movimientos que hacen a la vez. Por encima de los pantalones impermeables llevan faldas cortas, intentan parecerse a los patinadores que salen en la tele, piensa. El camino está completamente blanco. No se han formado cercos marrones en los ventisqueros de nieve, como en la ciudad, por aquí no pasan coches suficientes. Se apoya en una farola cerca de las chicas y las mira. Intenta no parpadear. Se mete las manos en los bolsillos del pantalón para calentarlas. Los pantalones son bastante estrechos, las manos apretadas contra el cuerpo. Piensa que parece una película: apoyado en la puerta de un salón del oeste. De sus labios cuelga un cigarrillo, los ojos entornados mientras mira a través del humo que produce su aliento al exhalar en el aire helado. Una de las chicas se le acerca. Se detiene sobre el filo de los patines delante de él y ve que mantiene el equilibrio bastante bien. Le pregunta si quiere jugar al bote bote. Tiene la cara tan fría que no consigue pronunciar bien la b de bote. Se echan a reír.

Vibeke se sopla las puntas de los dedos, agita las manos arriba y abajo. Qué hora será. Es miércoles, ¿no hacían algo en la tele que quería ver? No consigue recordar qué era. Se pone con cuidado un albornoz sobre los hombros y va al salón, pulsa el botón de encendido con la yema del dedo. Claro. Ya ha empezado. Una telenovela británica alguien lo había mencionado en el trabajo. Pues será un culebrón, pero no deja de ser una gozada idiomática escuchar este inglés sofisticado en lugar del americano burdo y simplificado.

Se reclina en el sofá, apoya la cabeza en un cojín. Siente que el cinturón de felpa del albornoz se desliza despacio por la cara interior del muslo. La mano izquierda acierta con el paquete de tabaco en la mesa sin necesidad de mirar.

—Hace demasiado frío —dice la otra niña— además tendríamos que ser más de tres.

Lleva una funda con cremallera sobre los patines. Es blanca y parece suave y cálida, piensa Jon. Está de pie entre ellas. Con los patines puestos son más altas que él.

—¿Tienes patines? -pregunta la primera chica, la que se le ha acercado.

—Sí —dice Jon—. Estoy en el equipo de patinaje del club deportivo. Estoy a prueba, todavía no soy muy bueno, no tengo práctica.

Les habla de los patines del viejo. No han oído hablar de la carrera de Kalott. Nota que vuelve a parpadear.

Se apartan a un lado de la carretera para dejar pasar un coche. El olor a gasolina se queda a la altura del suelo.

La otra niña cuenta que su hermano es el mejor patinador de toda la comarca. Tiene doce años. La primera ríe y dice que es que en esa familia son los mejores en todo. Jon forma una cavidad con las manos frías delante de la boca y sopla.

—Te presto mis manoplas -le dice a Jon.

Señala la casa más próxima.

—Solo tengo que ir a buscar otras.

Le tiende las manoplas a Jon. Son rojas. Él se las pone. Son un poco estrechas. Nota que están completamente nuevas porque lo blandito de dentro todavía no ha empezado a apelmazarse. La otra chica dice que se va a casa. Saca un gorro del bolsillo y se lo pone en la cabeza tirando con las dos manos. El extremo de las manoplas sobresale a la altura de las orejas. Hacen que parezca un conejo, piensa Jon.

Van hacia la entrada de la casa. Cuando se da la vuelta la otra chica ya ha recorrido un buen trozo de la calle, puede ver como no patina y levanta los pies como si llevara zapatos.



Tiene que esperar en el recibidor mientras ella pide permiso para llevar a alguien a casa. En el centro del suelo de linóleo verde hay un charco de agua de nieve fundida. Es de las botas de invierno que se amontonan a los dos lados. Exactamente igual que en casa, piensa. Suele cepillarse la nieve de las botas antes de subir las escaleras, pero por mucho que cepille siempre queda un poco de agua.

Las paredes del recibidor son grises. La puerta marrón que da a la entrada tiene un cristal translúcido. Oye voces, el agua suena en las tuberías, cierran el grifo. Jon nota que huele a algo, pero no sabe a qué. Vuelve a oír pasos en el interior. A través del cristal ve la silueta irregular de la chica, el jersey rojo, el movimiento de la mano que se dirige hacia la puerta y hacia él.

En la casa huele a chimenea de leña. Seca. Suben por una escalera. Arriba, en el pequeño distribuidor, hay varias puertas. Abre una de ellas, enciende la luz del techo y deja pasar a Jon primero. Debe de compartirla con alguien, piensa, porque hay dos camas. La ventana está justo enfrente de la puerta. Da a la parte trasera de la casa, hacia el bosque. Se acerca. A los lados cuelga una cortina estampada. Mira por la ventana. Ve que el principio del bosque está iluminado, es de la luz que sale por las ventanas de la casa. Piensa que los troncos oscuros de los árboles sobre la nieve blanca son como trazos dibujados en un papel. Están cada vez más juntos. Al fondo está todo negro. Ella le pregunta por qué hace eso con los ojos todo el rato. Jon responde que no lo sabe. Se vuelve hacia ella, dice que intenta no hacerlo, pero no puede. La chica cierra los ojos con fuerza varias veces seguidas. Es cansado, dice. Yo no me doy cuenta, dice Jon. Mi tía tiene un ojo de cristal, dice la niña. De niña tenía la obsesión de mirar por los ojos de las cerraduras, y un día mi padre metió un destornillador desde el otro lado para que le dejara en paz. ¿Jugamos al Othello? Antes de que tenga tiempo para responder saca un tablero de debajo de una de las camas. Se sienta en el suelo con el tablero y todas las fichas blancas y negras entre ellos.

El capítulo se ha terminado, los títulos se deslizan por la pantalla. Se incorpora, tiene que ponerse en marcha si quiere llegar a tiempo para llevarse algún libro antes de que cierren. Los ojos marrones. Están por todas partes cuando pestañea, como manchas en los ojos después de mirar hacia una luz intensa. Se pregunta cómo será convivir con un ingeniero. ¿Qué les interesa? Entra en el dormitorio y se viste con prendas deportivas, informales, no debe parecer demasiado premeditado. Por si acaso se encuentra con él en la biblioteca, claro, podría ser, no hay mucho que hacer en este lugar. Se pregunta detrás de qué sección estará. Ciencias naturales. Novela negra y de intriga. Viajes. Biografías. O incluso puede que poesía. Se seca el pelo en el baño, se inclina, las raíces primero, luego las puntas. Luego lo echa hacia atrás y se mira en el espejo. Éxito o fracaso. No está mal. Se dedica una sonrisa y revuelve en la bolsita de las pinturas; polvos, intenta adivinar si a él le gustará. Da vueltas por la casa, reúne los libros que va a devolver en una bolsa.

Sale al recibidor, se abrocha la chaqueta y se mira en el espejo. Asoma la cabeza al pasillo y llama a Jon, vuelve a mirar el espejo. Al final casi no se ha maquillado. No contesta. Vuelve a llamarlo, mira el reloj, falta apenas media hora para que cierren. Jon ha empezado a irse a dormir él solo, ni siquiera deja que entre a darle las buenas noches. Se acuerda de sus pestañas, casi blancas. Mueve la cabeza de un lado a otro, observa en el espejo el pelo que oscila suavemente en torno a su rostro; ha utilizado el secador tanto rato que todavía nota el calor en el cuero cabelludo.

Coge las llaves que están sobre la mesita baja, la bolsa de malla con los libros y sonríe al espejo una vez más antes de abrir la puerta de la calle y salir.

Junto al ayuntamiento hay varias hileras de coches aparcados. Mucha gente espera dentro del coche porque hace mucho frío, han bajado las ventanillas y hablan a gritos con los del coche de al lado, los motores en marcha. Vibeke no presta atención a lo que dicen. Empuja la puerta del coche y comprueba con la manecilla que se ha cerrado. La feria, piensa. Por eso han venido. Casi nunca hay nadie en la biblioteca. La gente debería darle más uso. Las instalaciones son agradables, con plantas verdes y pósteres de buen gusto en las paredes. Va hacia la entrada, la biblioteca está en el sótano, bajo el centro social. Alguien silba, pero no se gira.

Detrás de las puertas de cristal está oscuro, al otro lado cuelga una nota con los horarios. Vibeke ve que se ha confundido. Los martes y los jueves abren por las tardes. Los miércoles cierran a las tres. Se me olvida que este es un lugar pequeño, piensa. Deja caer los libros por el buzón de las devoluciones, casi le duele verlos caer y quedar tirados en un montón en el suelo. Es como abandonar a personas con las que te has encariñado.

Apoya la espalda en la puerta y enciende un cigarrillo, no sabe muy bien qué hacer, ahora que se ha duchado y todo. Sigue con la mirada un coche que cruza el aparcamiento y levanta remolinos de nieve con las ruedas. Dirige la mirada hacia las bombillas multicolor que cuelgan como una corona sobre la entrada de la feria. Los colores brillan claros y fuertes contra la oscuridad del cielo, como si se señalaran entre ellos diciendo que es imposible pasar de largo. El carnaval de nuestros tiempos, piensa Vibeke. Tal vez debería pasarme y echar un vistazo. Tal vez haya alguien que sepa adivinar el futuro.

—Mañana es mi cumpleaños —dice Jon.

—Cumple dieciocho, ¿no? dice la chica y se ríe.

Jon va ganando, el tablero está casi cubierto por sus fichas negras. La chica se ha rendido, solo hace el tonto.

Vibeke entra por el acceso de la feria. Alguien le da un codazo fortuito, va charlando y sigue su camino. Se detiene y mira a su alrededor. La feria está montada formando una especie de círculo; las tómbolas y los juegos alrededor, las atracciones en el centro. La atracción en forma de nave espacial de la que hablaba el periódico da vueltas retumbando, medio llena; una chica joven chilla y la música va a oleadas, alimentada por el mismo generador que las atracciones.

Las casetas de las tómbolas son pequeños remolques con uno de los laterales levantados. Junto a una de ellas está de pie una mujer de largo pelo blanco. Le llega hasta la cintura. Vibeke cree que debe tratarse de una peluca. La mujer sostiene un cubo de plástico amarillo con tíquets. En las manos lleva largos guantes blancos con un ancho ribete de piel sintética, el abrigo es blanco y calza botas blancas de tacón alto. La mujer la observa al pasar. Después está ocupada vendiendo tíquets. Va demasiado maquillada, piensa Vibeke, debería poner más cuidado.

La chica rebusca en una bolsa de plástico colgada junto a la puerta. Saca una cinta de música y se acerca al reproductor que está en el alféizar de la ventana.

—Esta es muy buena, suelo escucharla para relajarme.

Gira hacia un lado el radiocasete para que el sonido se extienda por la habitación, mete la cinta y lo enciende. Él se sienta en una de las camas. Ella en la otra. Lo mira. Se tumba sobre la

colcha con el rostro vuelto hacia él, que ve en los ojos de ella que está escuchando la música. Se miran. Lo siente en las tripas. El tren llega lanzado. Él está en medio de las vías, viene directo hacia él, lo va a aplastar, la locomotora es tan grande como un edificio de cinco plantas. No le da, lo eleva, lo lleva con ella. Está sentado en un hueco de la cabecera del tren y lo va llevando, con suavidad y cuidado, el viento le da en los ojos pero no importa nada porque detrás tiene el tren y es como si se acurrucara en un animal cálido y vivo.

La música parece india, o china, no lo sabe. Se apoya en la pared y cierra los ojos. Viaja en tren por China, las vías van por encima de la Gran Muralla, oscila arriba y abajo, vuelve a subir, tiene a la vista montañas pintadas de blanco y un río que se desliza a lo lejos. Cuando va a abrir los ojos se da cuenta de lo cansado que está.

Aparentemente está dormida. Piensa que parece del Este. Es por algo de los ojos. La piel tensa encima de los labios; la manera en que la boca se funde en su cara. O es el rostro el que se funde, piensa, se desliza hacia la boca, desaparece en la ranura que se abre entre los labios delgados.

Vibeke se acerca a una atracción en la que se puede echar una moneda y, durante unos segundos, manejar una especie de brazo que arrastra premios a una trampilla. En la atracción hay varios objetos, entre otras cosas bolígrafos de distintos colores con una linterna en el extremo del capuchón; imitaciones de antiguos estuches de recambios para pintalabios, son dorados con un espejito a un lado; varios relojes y unas cajas de plástico transparente que contienen pañuelos de seda y corbatas. Las cosas están repartidas sobre una base de celofán dorado. Pequeñas luces incrustadas en la tapa de la máquina iluminan el papel desde distintos ángulos y lo hacen brillar y titilar. Sobre el celofán también hay canicas de muchos colores. A cierta distancia las canicas parecen diamantes, piensa Vibeke, y se ríe de sí misma. Introduce una moneda e intenta dirigir el brazo hacia uno de los estuches de pintalabios. El premio está a punto de caer por el agujero que desemboca en la trampilla, pero el brazo se levanta. Lo único que sale de la trampilla son cinco canicas. Se las mete en el bolsillo.

Jon piensa en los cumpleaños que ha visto en televisión. La familia entra por la puerta, temprano, llevando una bandeja con una tarta con velas y grandes paquetes. Los padres se besan. Pero eso es en Estados Unidos. Casi nunca te dejan ver qué es lo que hay en los paquetes. Se acuerda de la locomotora que ha visto en la tienda, en gris y rojo y guardabarros de acero en el frontal. Se puede quitar. Los vagones más chulos tienen puertas que se abren para que la gente pueda subir. Jon es el revisor, lleva uniforme, saluda a todo el mundo y vende billetes. Después es el maquinista, conduce el tren entre túneles que atraviesan la montaña, sobre llanuras ocres y por estrechos valles verdes con finos riachuelos brillantes. Vibeke está en uno de los andenes. Se detiene y la lleva con él. Sopla el silbato para que todo el mundo lo oiga. Va delante con él, en la cabina del conductor, fuma y contempla el paisaje y la luz. Jon habla por el micrófono y encarga un poco de té.

—Qué pelo tan bonito tienes.

Ella levanta la vista. Es un hombre embutido en un mono azul oscuro. Trabaja en la feria, ha visto a varias personas vestidas con el mismo tejido grueso. Le pregunta si quiere un pitillo. Tiene la cabeza repleta de espesos rizos rubios, el rostro es una enorme y alegre sonrisa. Parece buena persona, piensa ella. Seguramente un tipo poco sofisticado. Pero por qué no. Le sonrío y dice sí, claro. Él se inclina sobre la caja y le ofrece la cajetilla con manos largas y finas. La cajetilla está llena. Puede que no sea fumador, piensa. Saca un cigarrillo. Él también coge uno y se lo coloca

entre los labios. Guarda la cajetilla en el bolsillo de la izquierda, a la altura del pecho, luego se da golpecitos en el resto de los bolsillos. Encuentra un encendedor en el bolsillo de atrás. Acerca la mano con el encendedor a su rostro para darle fuego, ella ve que lleva las uñas cortadas a ras de piel. Él fija la mirada en el cristal que lleva en la nariz, ella intenta leer en su expresión qué le parece. Entonces sonrío y los ojos son grandes y tristes y alegres, todo a la vez.

—¿Has ganado algo? —pregunta mientras enciende el cigarrillo.

Vibeke saca las canicas. Las sostiene en el cuenco de la mano. En el centro de cada bola hay una especie de hélice de color, el cristal es redondo y brillante.

—Una vez perdí mi canica favorita —dice él—, se me cayó por una rejilla, delante de la puerta del colegio; debió de ser en segundo. Ahí estaba, la veía en todos los recreos, era completamente imposible cogerla y no me atrevía a pedírselo al bedel. Creí que me iba a dar algo.

Ella lo mira, él contempla la feria. Se oyen gritos de alegría junto a la caseta de tiro, un grupo de chavales disfrazados de Superman se dan codazos como si hubieran metido un gol, parece una despedida de soltero. Los dos sonrían al verlos.

—Aquí hace frío —dice él dándole una calada al cigarrillo.

—Sí -dice ella— hace frío.

Tiene ganas de añadir algo más, pero no sabe qué. No es que crea que tienen mucho de qué hablar, pero le da un poco de pena. Esta es su vida, piensa, viajar con una feria. Vuelve a dejar las canicas en el bolsillo. Allí las mueve de un lado a otro entre los dedos. Golpea el suelo con los pies para entrar en calor. El hombre le da una última y profunda calada al cigarrillo antes de tirarlo. Lo aplasta contra la nieve con la bota.

—Tengo que volver al trabajo —dice señalando con un movimiento de cabeza la atracción de las naves espaciales—. Te quedarás un rato, ¿no?

La mira ladeando la cabeza con ojos muy serios. Luego sonrío otra vez. Ella contesta:

—Puede ser.

Lo ve ir hacia el estrecho barracón de madera donde están los mandos. La gente ha formado una cola, un par de chiquillas se empujan, entran y salen de la fila. Desaparece por una puerta trasera, apenas puede distinguirlo ahí dentro, se inclina para coger el dinero por la ventanilla. Cuando la cola se acaba, antes de poner la máquina en marcha, él se agacha y la mira. Saluda con la mano y hace una especie de mueca. Mono enjaulado. Puede ver que se está riendo.

La feria no tiene noria, piensa. Será una feria demasiado pequeña. Puede que esta sea la versión invernal, que en verano haya más donde elegir. En medio de la plaza hay un minicarrusel con motos y coches de carreras de colores vivos. Unos cuantos niños han montado un par de veces, pero no atrae a mucha gente. Va demasiado despacio, piensa Vibeke. Se mira los pies. Las botas son bastante nuevas. Siente las medias de nailon debajo de los pantalones, ahora que hace frío le aprietan los muslos.

Los peluches están apiñados en estantes que llegan hasta el techo de la caseta de la tómbola. Arriba del todo hay osos enormes de colores rosa, verde y gris. La pared está cubierta con lo que parece ser papel de plata. La mujer vestida de blanco está subida a una tarima pequeña que recorre la parte delantera de la caseta, está mirando hacia las atracciones. Luego se acerca a Vibeke y baja una escalerita. Vibeke se pregunta si debe apartarse un poco, pero la mujer ya le está ofreciendo el cubo de plástico amarillo. Se detiene a medio metro. Solo las separa el cubo. Vibeke ve que lleva la cara empolvada de blanco, los labios también. Coge una tira de papeletas y le paga a la mujer el importe que le pide. Cada papeleta tiene tres ventanitas. Lee en un cartel que las papeletas llevan la imagen de una carta de la baraja. Consiste en conseguir tres cartas iguales, pero también hay otras combinaciones que pueden estar premiadas. Se quita el guante derecho y abre las ventanas con la uña del pulgar. Brilla, es de un rojo intenso, lo había olvidado por completo. No gana nada. Arroja la tira a una caja de cartón en un extremo del remolque. Entre las casetas ve que detrás hay caravanas aparcadas. Será ahí donde viven los empleados, piensa. Menuda vida miserable. Y a su vez detrás de las caravanas distingue las luces lejanas de un coche que se dirige al sur por la carretera principal, ilumina el cielo detrás del bosquecillo. Sigue la luz con la mirada.

—Hola, tú -dice una voz baja a su espalda.

Vibeke se da la vuelta. Es otra vez la mujer de la peluca blanca. Le acerca el cubo de plástico de las papeletas mientras lo agita un poco. Vibeke compra una tira más.

Ya queda menos gente en la feria. Algunos se han metido en carpa de rayas rojas y blancas donde hay calefacción. Junto a la puerta un cartel avisa de que habrá una especie de espectáculo. Vibeke se quita el guante y se da un masaje alrededor de la boca con la mano derecha. Antes salía música de los grandes altavoces de los techos de los remolques, pero ahora mismo están en silencio. No sabe desde cuándo. Unos minutos. Intenta recordar. Tal vez solo sean unos segundos, la pausa entre dos canciones. Oye el sonido intenso de sus propios pasos en la nieve. La música empieza de nuevo. No parece que todos los altavoces estén bien sincronizados. Puede que solo sea la cinta, que esté gastada, piensa. Golpea el suelo al ritmo de la música, le entran ganas de bailar, saca un cigarrillo y lo enciende.

Él sale de la caseta de las naves espaciales. Ha tardado menos de lo que esperaba. Lleva algo debajo del brazo. Viene hacia ella. Parece pequeño entre los grandes aparatos.

Vibeke, se dice, espabila. Un feriante no, venga.

—¿Te has divertido? -dice y se detiene justo delante de ella. Luego añade—: Ya no voy a dar más viajes por esta noche.

Lo dice bajito y la mira directamente a los ojos. Es como si el momento se expandiera y adquiriera una dimensión mayor y más profunda de lo que ella hubiera imaginado. Baja la vista hacia las botas, la nieve endurecida por las pisadas, sube por el mono azul oscuro, ve el parche de una noria amarilla en el muslo, sigue hasta los ojos. Piensa que tiene unos ojos intensos, una mirada fuerte.

—¿Te apetece un café? -pregunta. Vuelve a sonreír.

Nota que tiene frío, sobre todo en los pies. Los pensamientos pasan como diapositivas por su cabeza. Un hombre que deambula por ahí con una feria. Pero solo es un café. Sonríe y responde sí.

Pasan por delante de una plataforma con máquinas del millón camino de las caravanas en la zona más alejada del solar. Las caravanas son de una especie de chapa, aluminio quizá. O tal vez acero, piensa, no lo sabe, no había visto antes ninguna así.

No oye coches en la carretera, se está haciendo tarde. Él va delante, se fija en que lleva la espalda recta. Le gusta, es señal de autoestima alta, sabe quién es.

Se detiene y se gira hacia ella, saca un paquete de chicles del bolsillo derecho del pantalón. Ella niega con la cabeza cuando le pregunta si quiere uno. Deja la caja de la recaudación en la nieve mientras quita el envoltorio. La mira y sonríe, después presiona la lámina de chicle sobre la lengua. Está dura, se parte. Se ríe y Vibeke también. Le coge la mano y se la aprieta, la mira.

—Hola —dice en voz baja. Luego se agacha para coger la cajita; sigue caminando.

Vibeke mira hacia las estrellas.

Las caravanas son más grandes de lo que parecían de lejos. Delante tienen una escalerita o un banco. La nieve está pisoteada y forma un sendero entre las caravanas, como si llevaran tiempo allí. La mayoría tienen antenas sujetas al techo, en una se ve una gran parabólica. Dentro hay un televisor encendido, detrás de la fina cortina puede ver los cambios de la luz azulada, la sombra de un hombre que se pone de pie.

Le sujeta la puerta abierta. Ella sube al banquito y se agarra al marco de la puerta con una

mano. Dentro se acomoda en un asiento plegable y empieza a desatarse las botas. Lo mira. Se quita el mono mientras lee algo que pone en un cartelito. El calor de la caravana hace que se dé cuenta del frío que tiene, los muslos, las pantorrillas, el cuello.

Va hacia la parte delantera de la caravana, se sienta donde él le indica. Están en la parte del salón, hay una mesa gris y un sofá estampado en verde con forma de herradura. Hay ventanas a los tres lados. Las cortinas están echadas, tienen una especie de estampado tropical con loros de colores vivos.

—Qué espacioso es esto -dice Vibeke—. Es un hogar en pequeño. No puedo recordar cuándo fue la última vez que estuve en una caravana. Pero en realidad no hace falta nada más. Esto es a la vez minimalista y funcional.

Mira al techo, encima de la mesa. Ve un póster pegado con celo, la foto de un sol sobre un cielo entre azul y verde, el sol naranja es un redondel en el centro.

Él está en la zona de la cocina mirando dentro de un armario, busca con la mirada, la luz le ilumina desde abajo y le deja los ojos en sombra.

—Estas cocinas abiertas son geniales, uno puede participar en la conversación mientras prepara la comida —dice ella.

—Parece que solo tenemos café soluble —dice mientras echa agua en un hervidor.

Ella dice que no hay problema. Con unos sencillos arreglos esto podría quedar bastante bien, piensa, coser unas fundas para los cojines en colores a juego, quitar las cortinas feas y chillonas y colgar algo de un solo tono, sencillo, que dejara pasar la luz. Y quitar ese horrible póster del techo.

En una de las estanterías, sobre los marcos de las ventanas, hay libros. Ladea la cabeza y lee los títulos. Son novelas de escritores que no conoce. Hombres.

Lo mira. De pronto sus rasgos se distinguen con claridad, las líneas parecen más nítidas. Transmite la sensación de ser reflexivo, piensa ella. Un poco clásico. Le provoca imágenes positivas: están en una playa interminable, es invierno y están solos, ella corretea por la orilla y él la mira, ve todo lo que hay en su interior, es sabio y cálido.

Conecta el hervidor al enchufe que está sobre la encimera y lo enciende. Abre un armario y saca dos tazas, chocan entre ellas cuando las deja en la encimera.

Piensa en lo guapo que es.



Jon sueña que va camino de casa con Vibeke. Entra al gran patio trasero del bloque de pisos donde vivían antes. Acaba de nevar, el suelo blanco ilumina el patio oscuro. Van hacia el portal del fondo. Vibeke lo precede con movimientos normales, es como si no oyera que todo está tan silencioso. Dentro del portal alguien ha medio arrancado las puertas de los buzones. Como si la casa estuviera en decadencia y ya no viviera nadie allí, como si ya no llegara correo. Vibeke abre la puerta torcida, no se da cuenta de que ha pasado algo. Toda la fila de puertas de los buzones se inclina un poco, provocando un chirrido. Todo va tan despacio. Oye que alguien baja por la escalera. Estaba seguro de que la casa estaba vacía pero ahora alguien se acerca. Esperan inmóviles. Es el vecino del piso de abajo, dice que ahora los soldados están en su planta, en el apartamento de enfrente. Se lo susurra, luego vuelve a subir de puntillas por la escalera. Suben sin decir nada, caminan como siempre, un poco más despacio pero no en silencio. Cuando llegan al apartamento la puerta está abierta. Entran. Está oscuro. En la cocina está sentado un hombre de uniforme que come. Es su padre. Una bombilla colgada sobre la mesa, justo encima de su padre, da luz. Todos los vecinos están de pie o sentados a su alrededor. El hombre come el queso graso, las lonchas de jamón. La mantequilla. El pan blanco. Corta gruesas lonchas del queso. Es toda la comida que tienen. La han racionado, han comido solo un poco cada vez. Pone varias lonchas de jamón sobre el queso. Lo observan mientras come. No dicen nada. El hombre come, come y mientras, con la boca llena, cuenta historias tristes de su vida que lo hacen llorar.

Al despertar Jon tiene la boca seca. La luz del cuarto está encendida. Se incorpora. La chica está tendida en la otra cama. Ella también debe de haberse dormido, piensa. Da un paso hacia su cama y se queda de pie, mirando. Se ha tapado el cuerpo con la colcha y la sujeta debajo de la barbilla con la mano derecha. La toca. La mano. La piel del rostro lisa y cálida. El pelo es casi tan claro como el suyo. El sudor se lo ha rizado un poco en la frente. Oye un sonido rítmico, mira a su alrededor. Es el casete que está encendido con la cinta terminada. Lo detiene con un dedo. Las paredes de la habitación están pintadas de color naranja pálido. Encima de la cama hay un póster. Enormes árboles frondosos y entre ellos un sendero que se pierde hacia el interior del bosque. Junto al cabecero hay una cruz pequeña y junto a la cortina, bisutería colgada de un clavo, ve un corazoncito de piedra gris prendido de un cordón. Alguien ha puesto pegatinas en los laterales de la cama. En el suelo, entre las camas, hay tebeos. Jon se agacha y observa las portadas, encuentra algunos que no ha leído. Se sienta en el suelo y pasa las páginas mientras espera a que ella se despierte.

Vibeke pone las manos alrededor de la taza como si se las quisiera calentar, pero no hay nada dentro. El hombre de la feria se está duchando. No sabe cómo se llama. Que no se me olvide preguntárselo, piensa. Parece extranjero, hay algo desconocido en él. La nariz, piensa. Puede que sea judío. Pero no tiene nada de acento.

El hervidor de agua se apaga, se levanta para echarse café. Hay unas cucharillas en un vaso, sobre la encimera, coge una para calcular la cantidad. Al sentir el tacto frío de la cucharilla piensa que la caravana casi está demasiado ordenada, limpia. En el armario que está sobre la encimera hay una foto prendida con chinchetas. Muestra un pequeño grupo de personas de pie detrás de una mesa ya servida. Todos tienen bigote pintado con lo que parece ser carboncillo.

—Mi familia —dice a su espalda.

Ha apartado un poco la cortinilla del fondo de la caravana, se seca el pelo con una toalla.

—Fue la Nochebuena del año pasado. Mi hermana siempre hace fotos con el disparador automático, imprime copias y se las manda a todo el mundo. Dice que le hace sentir que somos una familia.

Vibeke lo encuentra, al fondo a la izquierda, junto a un hombre mayor con barba. En la foto lleva el pelo más corto, parece más joven. Se pregunta cómo su hermana puede enviarle cartas cuando está todo el tiempo desplazándose con la feria. Seguramente tendrán una ruta, así se podrá saber dónde estarán y cuándo. Pero puede que si en un sitio tienen mucho público se queden más días y entonces todo se alterará.

—He preparado el café algo cargado -dice sentándose.

—Está bien -dice él peinándose el pelo mojado hacia atrás mientras la observa.

Se sienta en el sofá, al otro lado de la mesa, se agacha sobre la taza y casi mete la nariz dentro. Mmm. Sonríe, se reclina sobre los cojines de la pared y solo la mira, mira y sonrío, como si no esperara nada más que lo que hay. Qué delicia, piensa ella, poder estar juntos de esta manera. Percibe que tiene una sensación intuitiva de saber quién es él. Lo que necesita. A dónde va.

—Debe ser una liberación viajar sin más, de un lugar a otro, conocer gente nueva. No tener más carga que lo que cabe en la caravana —dice.

—Bueno, no es siempre un camino de rosas.

La voz es cálida. Vuelve a sentir su mirada sobre ella, como si tuviera fuerza suficiente para levantarla un poco y hacer que levite.

—Las rosas no son tan inocentes como uno podría pensar —dice Vibeke. Casi susurra.

Él vuelve a sonreír. Este hombre es mi tipo, piensa ella. Siente en el cuerpo que es cierto, un instinto físico. Se puede confiar en el cuerpo.

Por la ventana que tiene a su espalda se cuele el aire helado. Se nota humedad y bochorno en la caravana tras la ducha, seguro que, detrás de las cortinas, las ventanas están cubiertas de vaho. La corriente le da en los hombros y en la nuca, se encoge y se abraza, le tiemblan los labios. Brrr. Él dice que tiene un jersey por alguna parte. Capta las señales, piensa ella. Se ríe. Él se agacha y rebusca en el cajón que hay debajo del sofá en el que está sentado.

—Lleva mucho tiempo haciendo frío -dice ella. Ojalá se le ocurra algo que decir que los acerque más, que los abra todavía más. Él saca una manta de lana.

—Toma -dice y se levanta para dársela por encima de la mesa.

El techo de la caravana es bajo. Vuelca una de las tazas con la manta. Maldice. Su voz suena dura. El café se derrama por la mesa, gotea sobre el suelo. Ve que tiene húmedo el nacimiento del cabello.

Jon deja el último tebeo y se pone de pie. Tiene que ir al baño. La vuelve a mirar. Todavía está dormida. Le puede ver el blanco de los ojos. Ahora se despertará, piensa él. Se queda quieto, esperando. No se despierta. Piensa que tal vez siempre tenga los ojos así, con el blanco a la vista cuando duerme. Le entran ganas de despertarla para contárselo. Entonces abre los ojos del todo y lo mira.

—Tengo que ir al baño —dice Jon.

La chica cierra los ojos. Jon ve que vuelve a dormirse. Piensa si también estaba dormida

cuando lo ha mirado directamente.

La manta de lana es cálida. Vibeke observa sus manos delgadas y fuertes al arrancar papel de un rollo de cocina con movimientos rápidos y extenderlo por la mesa y la alfombrilla del suelo. El café tiñe el papel de marrón.

La puerta del dormitorio chirría cuando Jon la abre. No oye ningún ruido en la casa. El descansillo está totalmente oscuro. Piensa que la gente que ha oído antes debe de haber apagado la luz y se habrán marchado. Puede que se hayan acostado. Seguro que Vibeke se está preguntando dónde se ha metido. Distingue apenas unas bolsas de plástico y un montón de ropa junto a la barandilla, al principio de la escalera. Saca la pistola de agua del bolsillo trasero y la sostiene en la mano derecha. Escucha. Luego va de puntillas con la cabeza gacha hacia la que cree que puede ser la puerta del baño. La abre con cuidado. Tras ella hay otro dormitorio. Allí también hay dos camas pegadas a las paredes, una jarapa en el centro, delante de la ventana. Una de las camas está hecha. Sobre la otra hay una lamparita encendida. Da la impresión de que alguien acaba de estar allí tumbado, porque la ropa de cama está desordenada y en el suelo hay un libro abierto.

Cierra la puerta. En este mismo instante alguien está siendo torturado en algún lugar del mundo. Puede que haya una sala de torturas en esta casa, puede que alguien esté atrapado y que sea misión suya encontrarlo y ayudarlo a salir. No sabe por dónde empezar. Abre otra puerta que parece ser de un armario pero con un pomo de verdad, de los que hay que girar. Encuentra el interruptor de la luz junto al marco de la puerta y la enciende. Bajo el techo abuhardillado hay un retrete con asiento de madera.

Con el chorro de pis dibuja círculos sobre la porcelana. No huele como en casa. Observa el agua al tirar de la cadena, recuerda de pronto la luz del verano, cómo puede quedarse tumbado en la cama, mirar por la ventana cuando el cielo está completamente blanco y sentir que desaparece.

—Mañana seguimos nuestro camino —dice él mientras diluye el café en una nueva taza de agua. Vibeke le pregunta a dónde van. Él dice que se desplazarán hacia el oeste antes de marcharse al sur.

—Aquí hace mucho frío —dice él y sonrío.

Vibeke asiente.

—Uno se acaba acostumbrando —dice ella.

Él le pregunta a qué se dedica.

—Soy asesora cultural en el ayuntamiento -dice ella—. Acabo de empezar, tengo buenos colegas y la verdad es que hay muchos retos interesantes que afrontar en un municipio algo apartado como este. Es importante reforzar la identidad y el sentido de pertenencia para evitar que la gente se marche, y para ello la cultura es un instrumento muy adecuado.

Él la mira, la escucha. Cuando deja de hablar, sonrío. Le entran deseos de pasarle la punta de los dedos por la barba incipiente, dejar que las manos recorran su rostro como las tapas de un libro nuevo.

—Por lo demás me gusta mucho leer, es mi manera de viajar -dice Vibeke—. En realidad esta tarde iba a la biblioteca, pero estaba cerrada.

Se queda en silencio unos instantes.

—Y entonces vine aquí.

Él mira a la cortina, justo al lado de ella. Ella siente que ahora hay algo entre ellos. Es la misma sensación que produce empujar una barca hacia el mar desde la playa, el momento en el

que se desprende de la arena y se vuelve ligera, flota en el agua.

En algún lugar de la casa suena el teléfono. Continúa sonando, nadie lo coge. Jon sigue el sonido del timbre, desciende por la escalera al piso de abajo. Entra luz en el pasillo a través de la puerta de cristal del recibidor. Hay un cubo con agua junto a la pared, al lado hay un trapo escurrido. Encuentra el teléfono. Está sobre una cómoda, bajo un espejo. Levanta el auricular mientras se mira en el espejo, dice diga. Su perfil está iluminado por el lado que da al recibidor. Primero oye un murmullo lejano de voces, como si fuera un local enorme, la terminal de salidas de un aeropuerto, piensa Jon. Luego habla un hombre. Tiene la voz aguda y habla deprisa. Dice que es un estudio de mercado. Pregunta qué marca de jabón han utilizado con más frecuencia en casa el último mes, suelta una retahíla de marcas. Jon dice que no sabe, que no vive allí. El hombre pide hablar con alguien que viva allí. Jon contesta que no hay nadie en casa. El hombre dice adiós y cuelga, Jon oye muy bajito como la línea comunica, como si el hombre llamara desde muy lejos.

—¿Quién era?

Ella está en la escalera. La habrá despertado el teléfono, piensa Jon. La contempla en el espejo, parece que tiene la cara un poco hinchada.

—¿Por qué has dicho que no había nadie en casa?

—Creí que estabas dormida —dice Jon.

Devuelve el auricular a su sitio.

—Podrías haberme despertado cuando ha empezado a sonar el teléfono.

—Sí -dice Jon.

—Entonces, ¿por qué no me has despertado?

—No lo sé —dice Jon. Intenta recordar qué ha pensado al oír el teléfono—. Solo era un estudio de mercado, uno que quería preguntar por jabones.

La observa en el espejo. Ella no dice nada, tiene los ojos fijos en el teléfono. Él nota que vuelve a parpadear. Intenta evitarlo. Le cae el pelo rubio sobre los hombros, es casi como si tuviera luz propia en la oscuridad, y el jersey rojo parece negro.

Piensa que parece mayor ahora que cuando estaba arriba, en su cuarto. Aparenta quince, o tal vez diecisiete.

Cuando habla es como si hubieran estado mucho rato callados, sin decir nada. Le pregunta si quiere chocolate.

La sigue a la cocina. Aprieta el interruptor de la luz de la encimera. Parpadea unas cuantas veces antes de quedarse encendida. Jon se reclina sobre la puerta de un armario mientras ella busca la leche, el azúcar y el polvo. Él piensa en la maqueta de tren. Tal vez mañana. El año que viene podrás hacer una lista y pedir algo bueno de verdad, porque este año solo tendrás cosas que te hacen falta. Pero los paquetes blanditos tampoco están tan mal, ¿verdad? Vibeke dice que le gusta cumplir con sus promesas. La maqueta de tren está la primera de la lista. Seguro que Vibeke ha visto la lista que ha dejado sobre la mesa de su cuarto.

Se acuerda del tren y del paisaje de montaña del escaparate de la ciudad, las luces que cambian de rojo a verde, otra vez a rojo, las diminutas personas de plástico sobre el andén. Recuerda a un niño pequeño con anorak azul junto a una tienda.

Ella bate el contenido de la cacerola con una varilla de metal. No dicen nada, están el uno junto al otro mirando cómo la varilla disuelve la mezcla marrón oscura del fondo. Añade leche, están pendientes mientras empieza a hervir.

Pone la cacerola en la mesa y sirve el chocolate en las tazas con un cazo. Se sientan cada uno a un lado, sorben y se dejan un bigote marrón claro en el labio.

—¿Dónde vivíais antes?

—Más al sur, pero tuvimos que mudarnos.

—¿Allí ibas a un colegio grande?

—Sí —dice Jon.

Ella le pregunta cómo se hacen amigos en un colegio grande. Él piensa la respuesta.

—No lo sé -dice—, sencillamente ocurre. En clase, o te apuntas a un club o a algo después del colegio. Yo era del club de teatro, pero solo hacían obras históricas con vikingos y cosas así, yo soy más de ciencia ficción.

—¿Tus padres están divorciados?

—Sí, mamá tuvo que marcharse -dice Jon—. Era demasiado joven para atarse. Fue cuando yo era muy pequeño, por eso estoy acostumbrado.

—Te he visto en el autobús del colegio -dice la chica.

Jon intenta averiguar si la ha visto a ella. No recuerda su cara, pero recuerda haber oído risas al fondo del autobús, un día. Se volvió y vio a dos chicas, una con el pelo rubio y la otra con el pelo más oscuro, piensa que tal vez ella fuera la chica de pelo claro que se reía.

—¿A qué curso vas? —pregunta Jon.

—Cuarto -dice la chica—. Es aburrido.

Empieza a hablar de las asignaturas y de los profesores que tienen y de lo aburridos que le parecen. Él mira hacia la carretera nevada y la casa que hay al otro lado, en diagonal. Todas las ventanas están oscuras. Jon piensa que es de noche. Luego ve las luces de un coche, unos instantes, antes de que pase de largo. Una furgoneta pintada de negro. Jon piensa qué hubiera pasado si se hubiese detenido en la calle, delante de la ventana. Se imagina que tiene llamas dibujadas en los laterales para que cuando esté en movimiento parezca que se incendian las ruedas delanteras y que las llamas van hacia atrás; lo ha visto en un coche de los de la marca Matchbox. Un tipo flaco se baja por el lado del conductor, se apoya en el lateral de la furgoneta, gira el tapón y bebe despacio de una botella mientras mira directamente a la cocina en la que Jon está sentado bebiendo chocolate.

Ella enciende la televisión. Al principio, el primer vídeo musical muestra las cosas de lejos, en bonitos colores, luego la cámara hace un zoom para que se vean esas cosas de cerca. Por ejemplo, un frutero con melón cortado; lo que de lejos parecían las pepitas del melón en realidad son gusanos blancos que se retuercen.

Jon ve que se ha formado una telilla sobre el chocolate que queda en su taza. Ella sube el sonido. Siguen sentados a la mesa de la cocina, se han dejado caer un poco sobre las sillas, apoyan la cabeza en el respaldo. Él la contempla, apenas tiene dos bultitos bajo el jersey. Mira la pantalla con la boca abierta. Jon piensa que es tarde, que debe levantarse e irse, pone los pies en el suelo. Cree que Vibeke ya habrá acabado de preparar la tarta, seguro que está sentada en la cocina fumando. Espera que le haya dejado la espátula en un platito, para poder chuparla.

Sin apartar la vista de la pantalla la chica le dice que no puede marcharse ahora. Tienen que

ver otro. Está esperando para ver uno que van a poner, dice que no puede irse hasta que no lo vea.

Él le cuenta un incidente que ocurrió en la feria. Vibeke se lo imagina, en sus pensamientos están en el bosque, es verano y él camina un poco por delante de ella, recoge ramas, prueba el sabor de una baya. Después se vuelve hacia ella y sonríe. Despacio, como en una película, varias veces. Hay un claro entre los árboles del bosque donde una luz intensa lo ilumina y en su mente él se convierte en una mancha blanca, como si mirara directamente al sol.

Él se ríe, es evidente que por algo que ha contado. Ella responde a su sonrisa y sin pensarlo se pone de pie, le dice que tiene que ir al baño. Se levanta de golpe y se marea, por un momento los olores de la caravana se vuelven muy intensos, el vapor de la ducha que él se ha dado aún no ha desaparecido del todo, el olor fuerte del desodorante y el hecho de no poder ver a través de las ventanas le provoca la sensación de que le están presionando la cara hacia el interior del cráneo.

Las paredes del pequeño retrete están cubiertas de postales de todas las partes del mundo. Se baja los pantalones y se sienta. Ve una postal de la ciudad en la que vivían antes de mudarse aquí. Es una foto nocturna y apenas reconoce el lugar. Alguien ha dibujado una especie de mapa encima y han ido clavando las postales en sus correspondientes ciudades. Recorre el país hacia el norte. Hay una postal más o menos donde está el pueblo, una vista aérea. Se ve la curva amplia de la carretera y todas las viviendas en miniatura, el ayuntamiento y el colegio clausurado, un trozo de la carretera nacional. El campo de deporte en el que está instalada la feria aparece señalado con una cruz roja. Encuentra su casa. En la foto hay un coche desconocido aparcado en la puerta.

—Habéis estado aquí antes -dice al salir.

Él ha encendido un cigarrillo.

—Seguro —dice él—. Hacen distintas rutas, pero con frecuencia pasan por los mismos lugares.

Se calla un momento.

—Para mí es la primera vez que vengo aquí.

Lo suelta con un tono tajante mientras apaga el cigarrillo. No se lo ha fumado entero, ve que le tiembla un poco la mano. La mira un largo rato, serio, ella tiene la sensación de que está un poco nervioso. Puede que esté angustiado. Es como si le estuviera preguntando algo. O tal vez a sí mismo. Intenta transmitirle con la mirada que quiere estar allí para él y escucharlo.

Después de un rato, él dice que tiene hambre.

—Tengo un poco de beicon y unos huevos -dice—. ¿Quieres tú también?

—Sí, vale —dice ella.

Él se pone en cuclillas y abre un frigorífico bajito debajo de la cocina de gas, saca huevos, pan, beicon y mantequilla. Aquí dentro parece más pequeño, piensa ella, más delgado, se lo imagina acurrucado en un extremo del sofá con un libro, el silencio, la ternura que le inspira cuando él se estira para coger una sartén que está encima de un armario.

La chica ha subido el sonido aún más. A Jon le llega con más fuerza por el oído izquierdo, como si tuviera la cabeza torcida. Está de pie junto a la ventana de la cocina y ve un perro corretear por el camino de acceso a la casa de enfrente, olisquea hasta llegar a un cubo de basura, detrás de unos arbustos. Aquí casi todo el mundo tiene uno de esos perros blancos, blancos con manchas negras o marrones. Van sueltos, Vibeke dice que es una pena para la gente que tiene miedo a los perros, casi no pueden ni salir a la calle. El perro desaparece detrás de los arbustos y luego vuelve a aparecer al otro lado, sigue su camino hacia la puerta de la casa. Solo está encendida la luz de fuera. El perro entra en el haz de luz, está a dos o tres metros de la puerta. La puerta no se abre. Nadie sale, ni lo llama, ni le silba. Dobla la esquina de la casa, ya no puede verlo. Unos segundos más tarde asoma por el otro lado de la casa. Allí se detiene y hace pis antes de echar a correr de vuelta a la carretera por la nieve en polvo.

Se gira hacia el televisor, ahora ponen un vídeo de un grupo de personas vestidas con ropa de plástico negra que se frotan los unos contra los otros. Una de las chicas tiene un agujero en la chaqueta a la altura de las tetas, en los pezones se ha colocado imperdibles. No parece que le duela cuando uno de los otros empieza a tirar de él.

Debe de haber notado una corriente fría, porque se gira hacia la puerta. Una mujer y un hombre. Están el uno junto al otro con los brazos colgando a los lados, como en una foto antigua. De pronto empiezan a moverse como si funcionaran a pilas.

La señora le pide a la joven que baje el sonido, le dice hola a Jon y se sientan a la mesa. Comprende que son la madre y el padre de la chica. Hablan entre ellos tranquilamente de alguien a quien él no conoce. La madre se levanta para coger dos tazas en las que vierte el resto del chocolate frío. Le da una al hombre y ella bebe de la otra. Jon piensa que son más viejos que Vibeke. Parece que no tienen prisa. El hombre está despeinado. Pasa las páginas de un folleto de maquinaria agrícola mientras habla con la madre. Tiene las manos grandes, están bronceadas a pesar de que es invierno, piensa Jon.

—Mira -le dice la chica a Jon. Señala la tele—. Por fin lo ponen, mira, ¿a que es muy bueno?

Vuelve a subir el volumen para que puedan oírlo mejor. Su madre se levanta y se acerca a la encimera de la cocina, saca una hogaza de pan de una bolsa de plástico. Sigue hablando con su marido mientras prepara rebanadas finas con una máquina de cortar pan. Parece contenta, piensa Jon.

El olor a frito se añade al perfume del desodorante que se ha echado un rato antes. El beicon huele bien, Vibeke se da cuenta de que tiene hambre.

—No es la primera vez que fríes un huevo -dice y sonrío cuando rompe los huevos en la sartén.

Él le cuenta que la feria tiene un hombre para todo que también hace las funciones de cocinero, no es frecuente que él se haga la comida. Mientras habla saca platos y cubiertos, dos vasos y un salvamanteles para la sartén. Se inclina sobre la mesa para ponerla. Vibeke deja la mano sobre la mesa. Esbelta, con las uñas oscuras, pálida y delicada en contraste con su mano masculina.

Él capta su gesto, aproxima el rostro, ve que tiene los ojos grises con un reflejo verde. Siente



su respiración sobre la mejilla derecha. Él entreabre los labios cuando se acerca, tiene la lengua húmeda de saliva. Puede que masque tabaco. Detrás de su cabeza cuelga una bombilla de un cable del techo. Oscila adelante y atrás. Tiene la impresión de que va cada vez más rápido.

La madre pone un montón de rebanadas de pan en un plato grande que coloca en el centro de la mesa. Abre la nevera y saca paté, mermelada y dos litros de leche.

—Me llamo Jon —responde él cuando le pregunta. Ella sonríe.

Pregunta si han estado en la feria. Cuando han pasado por delante del ayuntamiento había bastantes coches. Recuerda algo que ha visto, un vecino, tenía un aspecto gracioso, imita un movimiento y se ríe hasta que la tripa se le mueve. Jon se había olvidado de la feria por completo, se acuerda de que era allí a donde iba cuando ha salido de casa. Mira a la chica, ella también lo mira. Jon piensa que parece que está enfadada, como si él la hubiera dejado sin ir a la feria. Mira a la madre, se ha vuelto hacia la encimera, tararea una cancioncilla.

Jon cuenta los pliegues de grasa que tiene en la espalda. Cinco. El padre de la chica también está bastante gordo. Piensa que resulta raro que tengan una hija tan delgada. Y los padres son morenos, mientras que el cabello de la chica es casi blanco. Exactamente igual que el mío, piensa Jon.

—Espera —dice Vibeke.

—Por qué —dice él.

—Los huevos se queman.

—Olvida los huevos —susurra él, casi da la sensación de que se está riendo. Se apoya sobre ella con más fuerza. Ella se escabulle y coge el mango de la sartén con la mano derecha. Consigue empujarla hacia el fogón de atrás. Él se incorpora y esboza una sonrisa mientras se peina los rizos con los dedos. Apaga el fuego mientras la observa. La mirada le provoca un cosquilleo por el cuerpo, le transmite nuevas energías. Quién ha dicho que los ojos grises no pueden ser luminosos, piensa Vibeke. La acaricia con esos ojos y ella se deja hacer.

Echa la cabeza hacia atrás y se aparta el cabello de la cara, se lo coloca, lo mira con todo su ser, deja escapar el aire. Ha faltado poco. Se alegra de haberlo evitado. No tiene la sensación de que toque, ni aquí ni ahora. Es un hombre tan guapo que cuando se dejen llevar debe ser en un lugar que les convenga. Un lugar digno de albergarlos.

Tiene las mejillas encendidas. Ríe, se siente hermosa y feliz. Que me ponga colorada solo lo excitará, piensa, sienta las bases para más adelante; ve que estoy ardiendo.

Llaman a la ventana. Se da la vuelta y aparta la cortina. Es la mujer de la peluca blanca. Tiene la cara pegada al cristal, mira hacia el interior.

Jon mira hacia la pared, al lado de la puerta de la cocina. Hay una imagen de un pavo real junto al interruptor de la luz. Está hecha sobre un cartón pintado de negro; sobre él han puesto clavos que forman la silueta de un pavo real. Jon imagina la palma de la mano de Jesús mientras alguien remacha el clavo. Entre los clavos han pasado hilo de seda de casi todos los colores. Por el borde del pájaro hay varias capas de color naranja.

La madre de la chica sigue la mirada de Jon.

—Lo ha hecho el mayor. Hay dos más colgados en el salón, pero son de motivos fantasiosos y no se parecen a nada. Los hizo en el instituto.

Se sienta a la mesa y unta una rebanada de mantequilla, sonríe y le ofrece la fuente del pan a Jon.

—Ahora qué hace —pregunta Jon.

La madre mira al padre, el padre levanta la vista del texto que estaba leyendo en el folleto, bajo la foto de un tractor.

—¿Qué dice? ¿Qué hace ahora?

La chica y la madre se ríen un poco del padre que no acaba de enterarse.

—Se marchó al sur y estuvimos una temporada sin saber nada de él. Ahora trabaja en una granja.

El padre baja la vista hacia el folleto mientras la madre sigue hablando.

—Conoció a una chica en una cafetería. Él esperaba un autobús, ella trabajaba allí y empezaron a hablar. El año pasado tuvieron una bebida. Ahora viven los tres en la granja.

La madre se pone de pie mientras habla y tira de un cajón de cocina lleno de papeles y fotos. Rebusca un poco hasta dar con una foto que le ofrece a Jon.

—Sara -dice señalando la foto con un movimiento de cabeza—, por una cantante, dijeron.

Jon ve una carita roja en una manta verde claro en mitad de una cama grande. Se siente cansado. Se la devuelve a la madre que sigue mirando fotos que encuentra en el cajón lleno hasta los topes.

La mujer de la peluca blanca lleva el cuello del abrigo levantado, lo mantiene cerrado con los dedos. Vibeke piensa que ha debido de subirse a un montón de nieve delante de la ventana, porque tienen las caras a la misma altura, a menos de medio metro. Vibeke se pregunta si habrá visto algo. Las cortinas estaban echadas, pero la luz del interior es bastante intensa. Trata de aparentar indiferencia. Si no había nada que ver, solo nos estamos conociendo. La mujer la mira con una especie de sonrisa, Vibeke no sabe muy bien si corresponderle. Entonces la mujer mira a un lado, a él. Está detrás de Vibeke, tan cerca que nota su calor en la espalda. Dura unos segundos. Luego se da la vuelta y se va.

Jon pregunta qué hora es.

—Las once —dice el padre enseguida, sin levantar la vista.

Piensa que debe de ser más tarde, pero no se atreve a decirlo. La chica se levanta y apaga la tele. La habitación se queda en silencio. Bosteza, se despereza y Jon puede ver su piel bajo el jersey rojo.

—Yo me voy a dormir. Adiós —le dice a Jon.

Se inclina sobre la mesa y le da un beso a su padre en la mejilla. El pantalón se le ciñe al trasero cuando se agacha así y Jon piensa que parece un chico.

Vibeke se queda sujetando la cortina abierta con una mano. Fuera parece estar más oscuro, como si hubieran apagado la luz. Se agacha y apoya la mejilla sobre el cristal frío, busca a la mujer. Va en dirección a la feria. Luego se detiene, abre la puerta de otra caravana y entra.

Vibeke se vuelve hacia la mesa. Pregunta quién era. Él levanta la sartén y empieza a repartir la comida quemada en los dos platos con un cuchillo. Lo ve abrir la boca y volver a cerrarla. La mira y hace un gesto vago con la mano que sujeta el cuchillo.

—Trabaja aquí.

Deja la sartén sobre el salvamanteles de la mesa.

—Antes le compré unas papeletas para la rifa —dice Vibeke—. Parece un poco peculiar. Inquieta. Casi un poco loca.

—Pues sí.

Sonríe, mientras pincha la yema con su cuchillo, recorre el huevo de un lado a otro y se lleva con él la comida a la boca.

—Para un rato está bien, pero te puedes hartar de un carácter así.

La comida se le acumula formando una bola bajo una de las mejillas mientras habla. La mira como si esperara su apoyo, que diga que sí. Ella asiente.

Escucha a ver si hay voces en el exterior, voces, roces, pasos.

Solo quiere decir lo mucho que le gusta.

Todo está en silencio, salvo por el crujido del beicon entre los dientes. Entonces se pone en marcha algún tipo de generador, con un zumbido.

Jon está de pie junto a la silla. Debería marcharse ahora que la chica se ha ido a dormir, pero le gusta estar allí. Hay una quemadura de una cazuela en la mesa. El padre de la chica pasa las páginas de un periódico local, la madre está de espaldas, frente a la encimera, distribuyendo los restos de una cazuela en bolsitas. Yo también soy forastera, le dice a Jon. Le cuenta que en realidad viene de Finlandia, más al sur, pero que su marido está emparentado con todo el pueblo, así que se siente como si estuviera en casa, a pesar de todo. Jon la mira mientras trabaja. Si le habla así, será porque no le importa que se quede. Su cuerpo rollizo está quieto, solo mueve los brazos con tranquilidad, sin pausa. Cuando las bolsas están llenas las enrolla y las sujeta con un cierre de alambre. Le sonrío. Coge las bolsas y sale de la cocina. Jon oye bisagras que chirrían y luego pisadas que bajan pesadamente una escalera, piensa que seguro que tienen un congelador en el sótano. El padre pasa una página del periódico sin levantar la vista. Mañana cumple nueve años. Lo siente en el estómago, siente que va subiendo y le llega a la boca, está a punto de contarle, pero no lo hace. Sonríe. Oye a la madre de la chica volver a subir por las escaleras del sótano.

Vibeke piensa que parece apesadumbrado. Ya no es como antes. Quiere que hablen de algo importante.

—¿Quieres un poco de whisky?

Está junto a la puerta abierta de un armario. Antes de que tenga tiempo de responder, él ya tiene dos vasos en una mano y una botella en la otra. Deja los platos sucios en la encimera, se ha terminado también la comida de ella.

—Hasta luego —dice Jon.

El padre de la chica le contesta algo que no consigue entender. Al salir al pasillo se tropieza con la madre. Siente su barriga blanda contra los brazos y tiene los pechos enormes muy cerca de la boca, intenta no parpadear mientras murmura buenas noches en voz baja.

Al levantarse, después de atarse las botas, se marea y apoya la mano izquierda en la pared. Tal vez tenga un problema de corazón. La puerta de la calle no tiene la llave echada, Jon sale y cierra tras él; luego la empuja un poco para asegurarse de que está bien cerrada.

Detrás de la casa el bosque está oscuro. En la esquina hay agujeros de pis en la nieve, Jon piensa que a lo mejor el perro que ha visto antes vive allí. No es por el perro, es por los pelos, le dice Vibeke cuando le pregunta si puede tener un perro.

Las manos se le quedan frías al instante, se las mete en los bolsillos de los pantalones. Piensa en la chica y en el blanco de sus ojos cuando dormía.

Baja por la entrada de la casa hacia la calle. Piensa que mañana la buscará en el autobús, puede que entonces se lo cuente.

Por una vez, no pasa nada. piensa Vibeke y sostiene el vaso que le ofrece mientras lo llena. El whisky es dorado, como puro fuego.

—Además está haciendo mucho frío -dice para sí.

—Exacto —dice él y levanta el vaso para brindar. Lo vacía y se sirve otro.

Encienden un cigarrillo cada uno. Él saca la cajita del dinero y dice que tiene que contar la recaudación mientras todavía tiene la cabeza despejada. Vibeke se reclina sobre un edredón enrollado en una esquina, en el extremo del sofá, y levanta las piernas. Apoya el vaso en el pecho y lo mira a través del humo que exhala. Él tiene la cabeza inclinada sobre las monedas. Tararea una melodía y lleva el compás con el pie. Vibeke piensa que es agradable estar con él. Natural y a la vez especial. Del exterior llegan sonidos dispersos, gente que grita, motores que aceleran y se alejan. Vibeke se siente especial por quedarse, aquí, en una caravana, junto a un hombre desconocido. De repente él se arranca a cantar una melodía de jazz a pleno pulmón, un estribillo estándar, alegre, acelerado, utiliza toda la mesa como tambor y tamborilea sobre el vaso para hacer pling.

Ella le sonrío.

Siente que tiene calor, puede que él haya subido el termostato del radiador. No quiere empezar a sudar, se quita el jersey. Debajo lleva una camiseta entre gris y azul de cuello ancho, una mezcla de seda y lino. Cierra los ojos y escucha la canción, contenta de que él sea tan espontáneo, tan relajado y sociable.

Jon se desvía del camino de entrada a la casa. Va por el centro de la carretera ahora que no hay tráfico. En el suelo hay carcasas vacías de cohetes. Recoge un tubo y se lo mete en el bolsillo de la chaqueta, mientras piensa que podría investigar qué es lo que queda cuando estallan, en el aula de ciencias naturales del colegio hay un microscopio. Nota que vuelve a parpadear. A veces se le olvida que lo hace. Intenta fijarse en cuántos pasos tiene tiempo de dar entre parpadeo y parpadeo. Oye el sonido de un coche, se da la vuelta, viene del centro y va muy deprisa. Baja a la cuneta y salta sobre un montículo de nieve. Sigue el coche con la mirada cuando se aleja. Jon cree haberlo visto antes, pero no recuerda dónde. El conductor era un hombre, llevaba el pelo muy corto y un cigarrillo largo en la boca.

Deja de cantar, ella abre los ojos. Él se incorpora después de haber contado el dinero, la observa. Su mirada es intensa y misteriosa.

—Listo -dice uniendo las manos en una sonora palmada—. Ahora voy a coger el coche para buscar un sitio donde la gente esté de buen humor.

Ella no se había planteado la posibilidad de irse a alguna parte. Se imagina con él en una pista de baile en penumbra, él la estrecha con firmeza y le susurra cosas dulces al oído. Qué raro que no se le haya ocurrido a ella. Esto prueba que nos potenciamos el uno al otro y nos impulsamos mutuamente, piensa.

—Sí -dice ella sonriendo—. Suena de maravilla.

Parece sorprendido. ¿No creía que a ella le iba a gustar la idea? Eso es que no me conoce, piensa Vibeke y se ríe.

Él se pasa un grueso jersey de lana por la cabeza, se pone una cazadora de piel, se mira en el espejo mientras se cala un gorro. Parece tener los ojos todavía más grandes cuando todo el pelo que le rodeaba la cara desaparece. De repente no quiere que se vaya. Hay algo en sus ojos que tiene que desentrañar, algo a lo que debe acercarse. Se pone de pie y pasa por delante de él camino de la puerta, donde ha dejado su ropa de abrigo; se la pone. Se gira y levanta la mirada hacia él, apoya la espalda en la pared, junto al retrete. Espera algo, escucha lo que él está diciendo en su interior.

Él abre la puerta, salen.

Hace frío.

Oye una voz que grita algo, viene de una de las caravanas, es un hombre que parece estar furioso.

Se detiene a un par de metros mientras él llama a la puerta de otra de las caravanas. Abre un hombre mayor. Es pequeño y delgado, no puede verle la cara con claridad porque tiene la luz de la caravana a la espalda, brilla a través de su escaso pelo blanco. Ve que le entrega la cajita del dinero al hombre de la puerta y que hablan en voz baja. Reparte bien el peso sobre las dos piernas, es alto, pero tiene que levantar la vista hacia el hombrecillo que está en el umbral, un par de escalones más arriba. El viejo coge una cartera de una gabardina colgada junto a la puerta, la abre y saca algo que le da. Por el tintineo, sabe que son unas llaves. El hombre de la puerta la mira. Ella le sonrío. Del interior de la caravana llegan voces infantiles, un niño y una niña, parece que están jugando a un juego de mesa.

Lo sigue por la feria desierta. Se mueve con agilidad entre las atracciones, piensa ella. Está en forma. El paso ligero. Casi va demasiado deprisa, pero será a causa del frío, querrá llegar al coche lo antes posible.

Al salir de la feria va hacia la izquierda, se acerca a un coche verde oscuro. Vibeke no sabe qué clase de vehículo es. Parece una especie de todoterreno. Puede que sea un excedente del ejército.

La mira un instante antes de abrir la puerta. Se sienta y se estira hacia el otro lado para abrirle desde el interior. Vibeke pone el pie en el escalón y se sube. La mira mientras gira la llave. Es como si le estuviera preguntando algo, pero ella no es capaz de entender qué. Le sonrío para que se sienta seguro. Le gustaría que fuera un poco más explícito. Le gustan las personas francas, es fácil relacionarse con ella.

El coche arranca a la primera. Se miran unos instantes y él apoya el brazo en el respaldo del asiento de ella. Se gira y mira por el parabrisas trasero mientras va marcha atrás hasta la carretera, gira el volante con la palma de la mano abierta.

El coche es potente, seguramente será uno de los que usan para arrastrar las caravanas, piensa ella. Los neumáticos son grandes y macizos, seguro que se agarran bien a la carretera. Se reclina en el asiento, es blando.

Pasa por delante del aparcamiento del centro social y el supermercado, por delante del ayuntamiento. No se ve a nadie. Algunos coches siguen aparcados aquí y allá. Mañana la gente hablará de la feria, piensa Vibeke. Esa es su idea de la cultura. Esto es lo que quieren, pero ¿cuándo fue la última vez que hubo un concierto de jazz en la iglesia o un autor de visita en la biblioteca?

Sale a la carretera nacional. Acelera y cambia de marcha, se enciende la calefacción. Se inclina y gira el dial de la radio hasta dar con una emisora de música alegre, agradable. Ella se abrocha el cinturón de seguridad. Él tararea otra vez. Ella observa la carretera, sigue con la mirada las sombras de las balizas para las quitanieves. De noche hay muy pocos coches en la carretera nacional, piensa. Si llegas en la oscuridad desde el sur, puede dar la sensación de que alguien ha puesto farolas en mitad de un tramo desierto. Solo después de recorrer varios cientos de metros de carretera iluminada se llega al letrero y al desvío del pueblo, se ve que ahí vive gente.

Salen del tramo flanqueado por farolas y la oscuridad se adueña inmediatamente de todo lo que queda fuera de las luces largas del coche. No sabe qué canción está repitiendo él, es una estrofa breve, la canturrea una y otra vez aunque en la radio estén poniendo otra melodía. Le entran ganas de cantar algo con él, como hacían en el coche cuando era niña. Cierra los ojos. Conduce bien, piensa, toma las curvas abiertas con suavidad, se pregunta si él le nota que está contenta.

—Cuéntame algo -dice ella.

—¿Qué?

—Lo primero que se te ocurra.

Él no dice nada.

Pues nada, piensa ella, tendrá que ayudarlo. Está dispuesta a dar sin límite y al final terminará por conectar con su interior.

—Recuerdo una rima de un cuento -dice ella—. Es una de las cosas más bonitas que sé.

—Bueno.

—Es así:

Muy muy lejos hay un lago.

En el lago hay una isla.

En la isla hay una iglesia.

En la iglesia hay un pozo.

En el pozo nada un pato.

En el pato hay un huevo.

Y en el huevo...

Siente que casi está a punto de echarse a llorar:

—En el huevo está mi corazón.

Lo susurra. La voz de la radio habla de una película nueva que se va a estrenar en los cines de las grandes ciudades. Tiene la sensación de que están infinitamente lejos. Solo existen el coche, y la carretera, y la luz. Ella le observa, él mira al frente, serio. Tiene un gesto casi enfadado, piensa ella. Puede que lo que he dicho lo haya conmovido y le haya recordado algo que ignora. Le entran ganas de acariciarle el cabello, tocar sus rizos gruesos y rebeldes.

Lo hace.

Él se digna a mirarla.

La carretera frente al coche, las balizas que marcan las cunetas, la nieve amontonada, el bosque. Por todas partes hay nieve, mucha nieve. Una señal amarilla indica que aún faltan unos cuantos kilómetros para llegar a la ciudad.

Es como si ya no hiciera frío, piensa Jon, pero sabe que no es cierto. Suele hacer más frío por las noches. La carretera está vacía. Parece más grande ahora que de día, más ancha, como si la distancia hasta casa fuera mayor. Oye pasos ligeros a su espalda, alguien que corretea. Se gira. Es el perro de antes. Se detiene unos metros más allá y olisquea una mancha. Jon siente el latido de la sangre en la cabeza. Al menos a su corazón no le pasa nada malo. Se golpea el muslo y llama al perro. El animal levanta la cabeza alargada y lo mira antes de seguir olisqueando. Coge un poco de nieve, intenta hacer una bola. No le sale ahora tampoco, la nieve está poco compacta. Tiene frío en las manos, tira la nieve al aire. El perro llega corriendo y olisquea los restos helados que se deslizan por el suelo. Consigue que se le acerque y le acaricia el cuello, mueve el rabo. Cuando echa a correr, el perro lo sigue.



La puerta de casa está cerrada con llave. Jon está sin aliento, bajo la bufanda tiene el cuello sudado. Se palpa los bolsillos en busca de la llave, suele llevarla en el bolsillo delantero, pegada al muslo. No está allí. Tampoco en los otros bolsillos.

No quiere despertar a Vibeke. Piensa que ha debido de cerrar con llave al irse a dormir, a lo mejor estaba cansada de esperar, ella, que ha hecho una tarta y todo. Vuelve a tocarse los bolsillos. Después llama a la puerta. Oye el timbre dentro de casa, un rumor largo y uniforme. Se imagina la cara de Vibeke, sin maquillaje, la bata azul claro, las pantorrillas delgadas. Se limitará a dedicarle una de esas miradas tristes. Tal vez no quiera abrir, piensa, a lo mejor tiene que quedarse fuera hasta mañana por llegar tan tarde. No quería despertarte, dirá, pero es que no encuentro la llave.

Nadie se acerca. Vuelve a llamar otra vez, mucho rato, deja el índice pegado al botoncito blanco. La zona iluminada donde debería ir el nombre está vacía, se ven los cables por detrás.

Se da la vuelta y se apoya en la puerta. Seguro que la llave está en la mesa del salón, piensa, se imagina el llavero de plástico transparente con la foto del Pato Donald; cuando le da la vuelta es como si Donald lo siguiera con la mirada.

Piensa que la entrada de la casa también se ha hecho más grande. Entonces ve que el coche no está. Vibeke no está en casa. A lo mejor ha pasado algo. Un accidente. A Vibeke no le gusta conducir en invierno. Aquí es invierno todo el rato. Ha chocado y a lo mejor se ha quedado inválida y tiene que ir en silla de ruedas. A lo mejor nadie la ha encontrado todavía y se va a desangrar. O a lo mejor el coche empieza a arder y se muere de dolor. Intenta imaginar cuánto duele cuando la piel se quema. Y entonces nadie la ha encontrado todavía y está completamente sola. Nota que parpadea, cierra los ojos con fuerza y se los aprieta con el puño, intenta meterse los ojos dentro de la cabeza. A lo mejor si los mete muy adentro se quedarán colgando y no encontrarán el camino de vuelta al agujero por el que tienen que mirar. Entonces tendré que celebrar mi cumpleaños en el hospital, piensa, con una venda blanca en torno a la cabeza. Entonces Vibeke tendrá que llevarle los regalos y la tarta allí. A lo mejor le faltaba algo para hacer la tarta, piensa. Huevos o tal vez harina, y ha cogido el coche para ir a pedirlo prestado. Seguramente será eso. Se le olvidan muchas cosas, dice que es como un catedrático viejo que piensa y piensa y se olvida de todo. Entonces volverá enseguida, piensa. Cómo no se le ha ocurrido antes. Si no fuera porque es su cumpleaños, no habría tenido necesidad de salir una vez más. Piensa que ya no nota el frío en los dedos de los pies ni en la parte delantera de los muslos. Da patadas en la nieve, frente a la puerta, salta un poco, arriba y abajo. Intenta pensar en qué hacer mientras espera, ojalá no esté enfadada.

A mucha distancia ven la luz del interior de un coche aparcado. Forma un pequeño espacio iluminado en el arcén izquierdo de la carretera. Él reduce la velocidad, intercambian una mirada. Vibeke se pregunta quién puede haber detenido el coche en medio del bosque y, además, encender la luz para que todo el mundo vea a los que están dentro.

—¿Crees en los ovnis? —pregunta él con voz risueña.

—A lo mejor les ha fallado el motor —dice ella. Se da cuenta de que suena improbable, si alguien se hubiera quedado tirado tan cerca de la ciudad habrían ido a pedir ayuda. Al pasar junto

al coche, Vibeke ve a dos hombres con la cabeza baja, como si estuvieran buscando algo en el suelo. Van de uniforme, Vibeke piensa que pueden ser guardas jurados que van de un trabajo al siguiente. Pero para entonces ya los han dejado atrás.

—Menos mal que estaban entretenidos con otra cosa —dice él.

—¿Qué quieres decir con eso? —dice ella.

—Eran policías —dice él.

—¿Cómo sabes que eran policías? —dice ella.

—Era un coche de policía —dice él—. ¿No lo has visto?

Vibeke intenta recordar qué ha visto, pero nada en el coche o en los hombres que estaban sentados en su interior la ha hecho pensar en la policía. Él acelera y tamborilea con los dedos sobre el volante. En la radio están poniendo una canción que le gusta, se inclina para subir el volumen. Hay un bache en la carretera y la radio pierde la sintonía, emite un zumbido y pita. Él pulsa un botón y apaga la radio. Se quedan en silencio, ella solo oye el runrún uniforme del motor, el zumbido de la calefacción. Seguro que son cuidadosos con el mantenimiento de los coches, piensa, dependen de ellos para poder trasladarse. Intenta calcular cuánto han bebido en la caravana. Cree que no ha sido mucho. Se reclina sobre el apoyacabezas y cierra los ojos, se agarra a la puerta con la mano derecha.

Cuando vuelve a abrirlos toman una curva, y salen del bosque hacia las primeras viviendas.

Sobre la carretera cuelgan farolas amarillas. A los dos lados hay bloques grises de dos pisos, varias hileras seguidas. En los muros, visibles desde la carretera, han puesto carteles publicitarios iluminados con focos. Vibeke piensa que las imágenes llenas de gente y luz hacen que parezca que hay animación en medio de la noche. Pasan por delante de un estadio desierto, está helado, y hay focos en los extremos.

Según se van acercando al centro, las casas van ganando en altura, están más juntas. Aparecen escaparates y luces de neón, pasan por delante de la peluquería de la que Vibeke se ha hecho clienta. La luz está apagada. Recuerda a la mujer que lleva el establecimiento, su cabello corto y brillante, sus labios al hablar. Fue ella quien convenció a Vibeke para que se pusiera el brillantito en la nariz. Consiguió que pareciera la cosa más evidente. Habló de ampliar los márgenes, cruzar límites, mezclar cosas diferentes. Tiene una capacidad fascinante para conversar, piensa Vibeke. Mi problema es que pienso mientras hablo, voy demasiado lenta, nunca me da tiempo a dar una respuesta aguda.

Gira la cabeza y mira por la ventanilla de él. Ve a una pareja de mediana edad con un perro sujeto con una correa, el hombre abre un portón y lo empuja con el brazo. Pasan tan deprisa que no le da tiempo a llevarse una impresión del patio. Se acuerda del patio trasero del bloque donde vivían antes, los dos hermosos robles que veía por la ventana de la cocina. Muchas mañanas se despertaba con el eco que retumbaba entre las fachadas, la puerta de la calle que se cerraba de golpe o las voces de la gente que se quedaba allí abajo de charla. Recuerda haber tenido la sensación de que, de alguna manera, encajaban.

El perro gime porque Jon se limita a quedarse parado junto a la puerta. No sabe qué es lo que quiere, piensa que a lo mejor tiene hambre. Intenta responderle con otro gemido para explicarle que no tiene nada de comer. Intenta calcular qué hora será ahora si en casa de la chica eran las once. Piensa que seguramente serán las doce y media.

Se acerca un coche. Jon lo oye y ve las luces mucho antes de que el coche aparezca por la curva abierta. Va despacio. Puede que sea alguien que no encuentra el camino y busca a alguien a

quien preguntar. Corre hacia la carretera y hace señales con un brazo. Cuando el coche se aproxima, ve que se parece al coche rojo que lo ha adelantado cuando iba hacia casa.

Aparca delante de una cafetería que no cierra por la noche, deja el motor encendido. Vibeke piensa que es un alivio no tener que conversar, el silencio que hay entre los dos habla por sí solo. Recuerda el estribillo de una canción, algo sobre estar en silencio, ser quien deseabas ser en tu interior. Hay un hombre joven tras el mostrador de la cafetería, habla por teléfono, sujeta el auricular entre la barbilla y el hombro. En una mesa, junto a la pared, hay una pareja. Comen, tienen la cabeza inclinada sobre la comida.

—¿Un cigarrillo? —pregunta él.

—Sí, gracias —dice Vibeke.

Enciende el de ella y después el suyo. Vuelven a mirar hacia el interior de la cafetería. El hombre que está detrás del mostrador sigue hablando por teléfono, mueve el cuerpo con ritmo, da golpecitos con la muñeca. Vibeke piensa que estará escuchando música.

—¿Sabes de algún sitio al que podamos ir?

—No —dice ella. Repasa los lugares que conoce, no ha salido por las noches, solo ha ido a una representación teatral en la iglesia.

Vuelven a quedarse en silencio.

—Tal vez podamos preguntarle a él.

Con el cigarrillo señala al hombre que está detrás del mostrador. Él no contesta. Parece pensativo. Su rostro fuerte, de rasgos cincelados, el cabello voluminoso, rizo a rizo. Ella decide entrar y preguntar. Quiere demostrar que puede tomar la iniciativa. Al fin y al cabo él está de visita, en cierto modo, de visita en el lugar donde ella vive. Abre la portezuela sin mirarlo, la cierra deprisa y consigue pasar por encima de la nieve amontonada y llegar a la acera. Tira del pomo semicircular de la puerta, consigue abrirla y pasa.

Sobre el amplio mostrador hay un tubo de neón con un brillo penetrante. Por lo demás, la cafetería está iluminada con lámparas de pequeñas pantallas colocadas sobre las mesas. Le sorprende el ruido que hay allí dentro, un locutor de alguna radio local presenta otra canción, una que ponen mucho últimamente, no recuerda dónde la ha escuchado con anterioridad. Se acerca al mostrador, es difícil no moverse al ritmo de la música. Apoya las manos en el borde y se inclina hacia delante. El hombre joven ha desaparecido. Piensa que se habrá ido al baño o tal vez al almacén a buscar verduras. Una jarra colocada sobre un calentador huele a café quemado, junto a unas tazas y platos apilados. Mueve las caderas al ritmo de la música, nota que hace mucho que no baila. Sobre una mesa detrás del mostrador hay una revista y un libro abiertos, estira el cuello para ver qué clase de libro es. No reconoce el título. El autor es un hombre, norteamericano. Una categoría de la que suele mantenerse alejada. Junto al mostrador hay una silla giratoria, de tapicería verde desgastada. El radiocasete del que procede la música también está en el mostrador, colocado de manera que el sonido debe impactar directamente en quien ocupe la silla. Tamborilea con las uñas sobre el mostrador, observa las uñas oscuras sobre el aluminio, mira hacia la puerta batiente que supone que lleva a la cocina. Luego se gira de espaldas al mostrador y mira por la ventana de la cafetería hacia el coche. Desde aquí dentro no puede verlo con claridad. Mira hacia la pareja que come, debajo de su mesa hay dos perros tumbados, junto a la silla de la mujer hay un canario enjaulado. Comen despacio, Vibeke piensa que no parecen percibir la voz gritona de la radio ni el martilleo de la música que acaba de terminarse. Seguro que llevan todo el día conduciendo, piensa, ahora están cargando las pilas para un nuevo trayecto. La mujer ha

apartado el plato a medio comer y se está encendiendo un cigarrillo.

—¿Vas a tomar algo? —dice una voz.

A la vez apagan la radio. Se gira hacia el mostrador. No es el joven quien está allí de pie, es un hombre mayor. De cincuenta y tantos, piensa.

—Antes era otro el que estaba aquí —dice ella.

Él la mira, arquea la ceja izquierda. Pone las palmas de las manos sobre el mostrador y se inclina. Tiene vello en el dorso de la mano y en los antebrazos, es oscuro a pesar de que el pelo de la cabeza es gris. Tiene los dedos cortos y fuertes.

—¿Quieres algo o no?

Su voz es tranquila y firme. Parece cansado.

—En realidad solo iba a preguntarle algo al que estaba aquí hace un rato.

—Vale.

La cafetería está silenciosa, no nota la presencia de la pareja que come, piensa que habrán dejado de comer para oír de qué habla con el hombre.

—No, no era nada —dice ella.

—Vale —dice el hombre. Coloca unos bollos que están en una bandeja, los mueve hasta dejarlos unos sobre otros formando un círculo.

Se da la vuelta y se dirige a la salida, empuja la pesada puerta de cristal. Respira el aire frío por la boca mientras se apresura a dar los pocos pasos que la separan del coche y se mete dentro.

El coche frena y se desliza despacio hasta llegar junto a Jon. Ve de frente al hombre que conduce, es el del pelo cortado al uno. El hombre también lo mira. El coche tiene el motor encendido, el humo se extiende, Jon nota el calor en las pantorrillas, a través del pantalón.

Ha apagado el motor, pero la llave está puesta, la calefacción funciona y ha vuelto a encender la radio, tiene sintonizada la misma emisora que la radio de la cafetería. Está dormido. Evita cerrar la puerta con fuerza para no despertarlo. Está reclinado sobre el apoyacabezas. Tiene la boca abierta, ve una película negra que cubre la lengua. Es por el tabaco, piensa ella y se aparta. Mira por la ventanilla de su lado del coche, una pareja sale de la cafetería que está calle abajo, se detienen, el hombre toma entre sus manos la cabeza de la mujer y se agacha un poco. Se besan. Vibeke se pregunta si ella también tendrá una película así sobre la lengua. Baja el parasol y se mira en el espejito. Tiene que acercarse mucho para poder verse la lengua en el espejo, se desliza hasta el borde del asiento, girada. Intuye una sombra oscura en la parte de atrás, pero no es fácil verla porque no tiene luz suficiente. Raspa con una uña para ver si de verdad hay algo ahí. Solo saca un poco de flema espesa. Se vuelve a reclinar en el asiento. A lo mejor ese local del que ha salido la pareja es un sitio al que podríamos ir, piensa. Por la puerta sale una luz cálida. Mira hacia allí, de la pared sobresale un letrero. Parece que es una especie de pub. Se vuelve hacia él para despertarlo y proponérselo. La mira con los ojos entornados. Para nada parece que haya estado dormido, al contrario, tal vez la haya estado observando todo el rato, piensa. Se lleva la mano al pelo para comprobar si todavía tiene algo de volumen o si cae sin movimiento alguno.

El hombre del coche baja la ventanilla.

—Conozco bastante bien todo esto —dice Jon.

El hombre sonríe. Tiene los dientes pequeños y regulares. Jon ve que es una mujer, no un hombre.

—¿Así que eres de por aquí?

Sigue sonriendo mientras habla. Tiene un acento diferente, a lo mejor es de Vestlandet, piensa Jon. Él también sonríe. No sabe qué decir, no parece que esté buscando una dirección.

—Entra —dice indicando con la cabeza el asiento vacío del copiloto—. Hace demasiado frío para hablar con alguien través de la ventanilla.

Rodea el coche y se sienta a su lado. Observa el interior. En el asiento trasero hay un enorme cojín de flores y una peluca blanca de pelo largo. A los pies tiene una bolsa de viaje de piel morada. Se queda sentado con las manos en el regazo mirando al frente.

—¿Los niños de tu edad no deberían estar durmiendo a estas horas?

Su voz es grave y lo dice despacio, parece que sonríe al hablar, pero cuando Jon la mira está completamente seria.

—Me he dejado las llaves y no hay nadie en casa. Pero mi madre vendrá enseguida. Iba a hacerme una tarta de cumpleaños y le faltaba algo, habrá tenido que salir a pedirlo prestado.

—Ah, vale. ¿Falta poco para tu cumpleaños?

—Sí, cumplo nueve mañana.

La mujer observa por la ventanilla la luz amarilla que los faros proyectan sobre la nieve. Chasquea la lengua varias veces, él piensa que no parece darse cuenta de que lo está haciendo. Luego se inclina sobre su asiento y abre la guantera.

—Creo que hay algunas chucherías por alguna parte, deberían de estar por aquí.

Empieza a rebuscar entre trozos de papel, servilletas y unas bolsas de chucherías que parecen estar vacías. Ve varios pares de gafas de sol de distintos tipos.

—¿Tu madre no te ha enseñado que no debes montarte en el coche con extraños?

Hurga en el batiburrillo mientras habla.

—¿Por qué no?

—No todo el mundo es bueno.

Lo mira y sonrío. Tiene los dientes muy pequeños, tanto que le entran ganas de tocarse los suyos para compararlos.

—Mi madre dice que en el fondo todo el mundo es bueno.

Ella sigue removiendo en la guantera. La mira, va vestida de blanco. El jersey es de un tejido suave, parece hecho con piel de conejo, piensa Jon. Es largo, como una especie de vestido, y lleva leotardos blancos y zapatos blancos de cordones. Siente que tiene calor en la cabeza, se quita el gorro.

La mujer cierra la tapa de golpe y Jon da un respingo.

—Parece que aquí no hay nada.

Lo mira, entorna los ojos mientras piensa.

—Tendremos que ir a comprar.

Mete una marcha y sale a la carretera, Jon cae sobre el lateral del asiento. Aprieta el acelerador y cambia de marcha. Jon ve la mano sobre la palanca de cambios, piensa que tiene los dedos delgados. Observa sus propias manos, son todavía más pequeñas que las de ella; ahora que se le empiezan a calentar nota hormigueo.

Vibeke entra detrás de él, nota el olor de su cazadora de cuero cuando se detiene y chocan. El olor es intenso y cree que a lo mejor la chaqueta es nueva. Le sonrío por encima del hombro. Se pone contenta, nota que ella también está sonriendo mientras mira a su alrededor. Es un bar pequeño y estrecho, lleno de gente. Sobre un breve escenario, subiendo una escalerilla a la izquierda de la barra, toca una banda. Hay tres zonas para sentarse a la derecha de la barra, con sofás de piel marrón pegados a la pared y sillas mirando hacia la sala. Hay gente sentada por todas partes. Los que no tienen sitio están de pie con un vaso en la mano. Están tan pegados que es difícil saber dónde acaba un grupo y empieza el siguiente. Así que es aquí donde está la gente, piensa ella. Cinco chicas se han instalado en la escalera que lleva al escenario. Parecen inmersas en una conversación trascendente.

Los altavoces están a un metro de ellas. Vibeke se pregunta cómo pueden oírse. Tal vez sean un grupo de personas sordas que se leen los labios, intenta averiguar si es capaz de entender lo que están diciendo. No puede. Se pregunta qué está tocando el grupo. Tal vez una especie de rock ligero. Es una banda de mujeres. La que toca el bajo tiene una voluminosa melena pelirroja. La que canta es bajita y delgada y parece una niña, el rostro menudo y redondo, los incisivos grandes y el flequillo negro sobre los ojos. El resto del pelo le cae en rastas hasta la cintura. Se miran mientras tocan, una media sonrisa ante un solo de guitarra, un gesto o pequeñas señales, preparativos para el acorde siguiente. La chica de la batería está al fondo, tiene un aspecto corriente. Vibeke piensa que si la viera por la calle nunca adivinaría que toca la batería en un grupo. Mira a su alrededor, no lo ve por ninguna parte. Ve una pareja que discute, la chica mueve la boca sin parar, el hombre dice algo entre medias, algo breve que solo provoca que la chica siga. Se decide a mirar hacia otro lado. No va a dejar que nada estropee la alegría y la intensa calma que lleva en su interior. Empieza a abrirse paso hacia la barra. Se queda detrás de dos tipos de brazos musculados, están sentados en taburetes y gritan para hacerse oír por encima de la música, espera que quede un hueco para poder acercarse a la barra y pedir. Intenta decidir qué va a tomar, lee la lista que hay en la pared. Algo burbujeante, piensa sonriendo para sus adentros, eso le iría bien. Los hombres que tiene delante hablan de hockey sobre hielo, se ve que los dos lo practican, están descontentos con el nuevo entrenador. Visten camisetas iguales, de franela y cuadros rojos y los dos llevan pantalones vaqueros azules. De pronto uno se da la vuelta y le pregunta qué mira. Vibeke se queda tan sorprendida que no tiene tiempo de responder nada antes de que el hombre agarre su vaso de cerveza y se gire sobre el taburete. El hombre apoya el codo en el muslo y habla a toda velocidad acerca de lo mucho que odia que intenten ligar con él chicas que se limitan a quedarse mirando a la espera de que él tome la iniciativa, lo harto que está de miradas provocativas. Que se limite a cerrar esa boca abierta, no va a picar sea cual sea la estrategia que ella elija.

—Hola.

Está justo detrás de ella, nota su aliento en el pelo. Le habla muy cerca de la oreja y la hace sonreír. La vuelve a atrapar, salva el buen ambiente, la arrastra. El jugador del hockey sobre hielo se vuelve hacia su colega y sigue con la conversación como si lo que acaba de decirle no fuera ninguna interrupción, sino un eslabón más de una cadena.

—Había un par de personas de la feria por aquí.

Se da la vuelta y lo mira, parece estar contento de una manera que no ha visto ni en la caravana ni en el coche. No lo reconoce del todo. Será que ahora se siente más cómodo conmigo, piensa ella, y empieza a relajarse un poco. Se da cuenta de que no sabe cómo se llama. Pregunta.

—Tom—dice él—. ¿Y tú?

—Vibeke.

Recorre el local con la mirada.

—Bien, lo que ahora me apetece más es cerveza.

—El quiosco cierra a las diez -dice Jon—. Para poder comprar algo a estas horas hay que ir a la ciudad, a la gasolinera.

—¿Está lejos?

Su voz grave es tranquila. Parece maja, piensa Jon.

—Veinte kilómetros.

La calefacción del coche retumba. Jon se baja la cremallera de la chaqueta. Se desenrolla la bufanda del cuello. Ve que la mujer lleva un gran anillo de cristal transparente en el dedo corazón. Se pregunta qué aspecto tendría visto por el microscopio. Seguro que está lleno de microbios.

Se alejan del pueblo por la carretera nacional, bajo las farolas. Jon contiene la respiración contando todas las luces que puede, se dice que por cada farola que pasan sin que él respire mil personas se libran de ser torturadas. En la biblioteca ha leído sobre algunos de los métodos. Se mete la cabeza en un cubo de agua helada y luego se pone electricidad en la lengua. O como en la foto de la revista, los brazos se atan a una barra y tienes que hacerte pis encima. Intenta imaginarse cómo será estar así colgado. Lo máximo que es capaz de aguantar la respiración son siete farolas seguidas, debería practicar a ver si consigue resistir más.

El bosque que los rodea está oscuro y lleno de árboles, la carretera sin cuestas, las curvas abiertas. Es como si condujeran por el fondo de un depósito. O por un túnel sin techo. O en un valle profundo de una maqueta de tren.

—¿Cómo te llamas?

Oye por su tono de voz que se aburre.

—Jon.

Le parece injusto, él no ha pedido que lo lleven. No ha insistido. Solo quería ayudar porque creyó que ella se había perdido.

Conduce deprisa. Entran en una curva, la tapa de la guantera vuelve a abrirse. Ve las gafas de sol. El par más cercano tiene cristales redondos con una gruesa montura de plástico blanco. Las coge y se las pone. Le van muy grandes, siente el frío del plástico a mitad de mejilla. Ella lo mira y luego vuelve la vista a la carretera. A través de los cristales, de las gafas las luces lejanas parecen verdes. De repente se siente mareado, tiene una especie de calambre en el estómago. La boca se le llena de saliva. Casi no se puede aguantar.

—¿Podrías parar?—dice.

—¿Por qué?—dice ella.

—Estoy mareado.

Ella avanza un poco más, luego se pega a un cúmulo de nieve. Están en mitad de una recta larga. Jon abre la portezuela y se baja deprisa.



Vibeke ve una cara que le suena de la reunión para la revisión del plan cultural, es una de las dos señoras de la oficina de la seguridad social. Vibeke recuerda haber pensado en ellas como dos gallinas viejas. Se ha maquillado muchísimo. Vibeke ve que está con un hombre. Tiene el pelo escaso y gris, es bajo y de constitución corpulenta y compacta. Se le ocurre que parecen estar bailando un swing. Se ríe. Aquí no baila nadie, no hay espacio suficiente. El hombre bebe agua. Será que le toca conducir a él. Mira más allá, a Tom. Está de espaldas junto a la barra. Ve que ha conseguido una cerveza, pero sigue inclinado hacia delante hablando con la camarera. La música está tan alta que tiene que emplear todo el cuerpo para que se le oiga, hace aspavientos con los brazos. Supongo que estará acabando de contarle un chiste, o algo así, piensa ella. Le gusta mirarlo sin que él lo sepa. Es cuestión de darle tiempo y espacio, tener presente que somos dos individuos.

—Hola -dice la mujer de la seguridad social—. Este es Evald, mi novio.

Se han acercado sin que se dé cuenta. No creía que la mujer quisiera saludarla, no han hablado antes. Está bastante borracha. El hombre sonrío a Vibeke.

—¿Eres nueva aquí? —pregunta.

Se inclina mientras la mujer mira fijamente a Vibeke, o algo que tiene cerca, sin dejar de sonreír. Vibeke asiente. Deben de rondar los sesenta. Le parece que son viejos para estar en un sitio con la música tan alta. O tal vez deba reconsiderar mi concepto de la gente mayor, se dice. Les sonrío a modo de excusa, señala la barra con el pulgar y empieza a abrirse paso entre la gente hacia Tom.

La mujer arranca unas cuantas hojas de un rollo de papel de cocina. Se ha secado la boca en la manga antes de subirse al coche, nota la boca y la cara secas. Se queda con el papel entre las manos. Siente el alivio que suele llegar después de vomitar, cuando se pasa el mareo. Ella arranca el coche y sale a la carretera.

—Te pasa algo en los ojos —dice.

—Sí —responde Jon.

Se quedan en silencio. Se le olvida que los demás lo ven. Luego se lo recuerdan, piensa. A uno le recuerdan cosas todo el rato. Ojalá no se notara, ojalá le pasara algo que se llevara debajo de la ropa, o en su interior.

—Y es lo que hay —dice ella.

Sí, piensa Jon. Es lo que hay todo el tiempo. Mira hacia la carretera, nota que el músculo que rodea el ojo se contrae y se relaja, más deprisa de lo que creía, una y otra vez. No intenta pararlo. Se gira y pega el costado al asiento, apoya la barbilla en el pecho y dobla las rodillas todo lo que puede sin manchar el asiento con los zapatos. Cierra los ojos, finge que es pasajero de una nave espacial camino de otro planeta.

—No te duermas. Si yo no puedo dormir, tú tampoco.

Abre los ojos y la mira de soslayo. Está de broma, piensa. Le pregunta por qué no puede dormir. Ella contesta que no está muy segura, es algo que le pasa sin más, dice, es como si al cerrar los ojos le faltara algo, dice, es que no tiene sueño. Eso a mí no me pasa nunca, dice Jon.

Mi madre dice que en realidad uno puede dormirse en el momento que quiera, solo hay que aprender a relajarse de manera adecuada.

Vuelve a cerrar los ojos. Ella sigue hablando. Imagina que la luz y los puntitos que ve detrás de los párpados son una galaxia por descubrir, intenta decidir qué hará, si debe aterrizar en alguna parte o si va camino de un combate y debe prepararse para una dura batalla. Le pica la nuca, pero no tiene fuerzas para rascarse. Oye que ella tararea una canción. Interfiere con sus pensamientos, pero decide no darle importancia, intenta generar un campo de fuerza. Su nave espacial explota en una lluvia de estrellas, él se disemina como polvo cósmico.

—Buena música —dice Tom.

Ella asiente. La chica de la barra le pone delante una cerveza, ella paga. Su vaso está casi vacío. Lo mira mientras bebe un sorbito de la espuma. Se le deshace sobre los labios. Él tiene los ojos grandes y extraños. Legañas en el rabillo del ojo. La boca es delgada, pero parece suave y tierna.

Se gira y apoya la espalda en la barra. Mira al fondo del vaso de cerveza, un rizo de cabello rubio le oscila junto a la mejilla, arriba y abajo como si dijera que sí. Se imagina que corren el uno al encuentro del otro por una plaza despejada en una gran ciudad, o por una pista de gravilla, un tramo de ferrocarril abandonado, él la levanta y dan vueltas, se ríen, a su alrededor todo es luz y silencio. También baja la mirada, una parte de ella se lo quiere contar, la otra se contiene. No debo estropear este momento con palabrería.

El suelo es de madera, parece viejo. Lo han pulido y barnizado en un tono marrón rojizo. Sus botas son negras, la suela gruesa. De repente alguien la empuja por la izquierda y casi la hace caer, se ve aplastada contra él. Se le cae el bolso al suelo y tiene la cara pegada a su jersey, el antebrazo pegado con fuerza al muslo de él. Nota que le roza el sexo, está duro. Se agacha para recoger el bolso. Él también. Se dan un coscorrón. La sujeta por debajo de la barbilla con una mano y la vuelve hacia él. Tiene los ojos pegados a los suyos.

—¿Te has hecho daño?

Ella niega con la cabeza, parpadea y mira hacia el techo.

—¿Qué ocurre?

Detecta preocupación en su voz.

—Es demasiado —dice ella en voz baja.

Siente que está a punto de contárselo. Decirle lo que siente. El silencio. Lo que significa para ella tenerlo allí, que le transmite alegría.

—¿Qué has dicho? -Se inclina hacia ella—. Habla un poco más alto.

Debo esperar, piensa Vibeke, quiere retener lo que comparten sin empezarlo. Esta vez. Voy a aguantarme, nos refugiaremos en esa intimidad callada hasta que soportemos la versión trivial que transmiten las palabras.

—Es por el humo -dice y lo mira, intenta contarle con la mirada lo que quería decir—. No estoy acostumbrada a tanto humo.

Jon se despierta porque un chorro de aire caliente le da en la cara, huele raro y abre los ojos. La mujer de la ropa blanca está casi encima de él, el calor que nota es de su respiración. Nota que el coche está parado, todo está oscuro, tan oscuro que la nieve da luz, los ojos se le adaptan ahora que los ha tenido cerrados un rato. Piensa que en realidad hay bastante claridad.

—Has llenado el asiento de babas.

Su voz suena cansada. Él tiene el cuerpo entumecido, como si hubiera estado dormido mucho rato. La boca seca. Se limpia la mejilla izquierda, la barbilla y el cuello con el trozo de papel que tenía arrugado en la mano. Nota la saliva fría al frotar con el papel.

—No suele pasarme -dice él—. ¿Llevamos mucho rato aquí parados?

Piensa que si no llevan mucho no le habrá dado tiempo a decir gran cosa en sueños, a veces habla en sueños y no quiere que ella oiga lo que él pueda decir. Intenta no parpadear.

—No lo sé.

Saca un cigarrillo de una cajetilla que está en el salpicadero, lo enciende, se deja caer sobre el apoyacabezas. Expulsa el humo en círculos mientras mira a la carretera delante del coche. La calefacción emite un murmullo. Imagina que están dentro de una bola de nieve, Vibeke le regaló una antigua de verdad, de cuando su madre era pequeña, la tiene en la mesilla, cuando la pone boca abajo caen láminas blancas de algo que parece nieve sobre las casitas que hay allí dentro.

—Puede que un cuarto de hora, más o menos. ¿Quieres un cigarrillo?

Él se pregunta qué quiere decir con eso, sabe la edad que tiene. En el colegio dicen que fumar mata. Se lo dijo a Vibeke, respondió que algunos tienen que morir para que otros puedan disfrutar y vivir, o algo así.

—Mi madre fuma —dice Jon.

—Hace que se te caiga el pelo —dice la mujer señalándose el pelo de pincho y sonriendo.

—A mi madre no, tiene el pelo negro y larguísimo que le llega hasta el ombligo. Tengo el pelo de un caballo, Jon.

Se pregunta si te entra menos humo si solo respiras por la boca y cierras la nariz. Así por lo menos no sabrá a nada.

—Y además tu madre tiene un diamante pequeño en la nariz —dice la mujer.

—Sí -dice Jon—. Pero no es auténtico, solo lo parece. Dice que cuando sea rica se comprará un diamante de verdad. ¿Conoces a mi madre?

—Soy vidente.

—¿Eso qué es?

—Eso quiere decir que ves imágenes en tu cabeza, cosas y gente desconocida y así. Es un secreto.

No la cree, pero no quiere decírselo.

Da una calada al cigarrillo y luego se lo pasa. Levanta la mano y lo sujeta entre el índice y el corazón. Ella le guía la mano con la suya. Se coloca el cigarrillo entre los labios y da una calada. Nota el olor de los dedos de ella y piensa que utiliza alguna clase de crema. Sopla directamente sobre las manos de los dos. Tiene una nube gris de humo delante de la cara. No tose. El humo no lo ahoga como creía, antes. ¿Fuma ahora? Ella retira su mano, estudiando sus reacciones. Da una caladita mientras ella enciende otro. Ella se echa hacia atrás, él hace lo mismo. Miran al frente, por el parabrisas, hacia el camino cubierto de nieve. No ha pasado ningún coche desde que se ha despertado. Jon sujeta el cigarrillo entre el índice y el pulgar, piensa que algún día se sacará el carné de conducir.

La cantante de la banda murmura algo en el micrófono con voz grave. Han acabado por esta noche. La gente empieza a aplaudir mientras las chicas del pequeño escenario recogen sus instrumentos. Ponen un CD. La música es tranquila, cree que es una especie de jazz. La pelirroja mete el bajo en una funda, está forrada de piel de oveja. Vibeke mira a Tom, que tiene los ojos cerrados y bebe otra cerveza. Sigue con la espalda apoyada en la barra. Se pregunta en qué estará pensando. No parece que la oiga cuando le habla. Se inclina y vuelve a preguntar, muy cerca de su oído.

—En el verano —dice él sin abrir los ojos.

Eso hace que se sienta alegre. Ella también piensa en ello, no ha estado en este lugar sin nieve. Se pregunta cómo será cuando haga calor, cuando la montaña se vista de color y brille el sol. Sentarse a leer al aire libre, debajo de un árbol. Lo observa, piensa que le gusta que tenga los ojos cerrados, que vuelva a estar en su propio mundo. Podría sentarse en la otra silla. Con gafas, piensa, seguro que las lleva para leer. Redondas con montura de acero. Se pregunta si leerá despacio o deprisa. Le entran ganas de saberlo. Piensa que la velocidad de lectura tiene algo que ver con los tempos de la personalidad, con la actitud ante la vida.

Un ruido la obliga a volver la vista hacia la entrada, la puerta está abierta, algunas personas se despiden y se dan un beso en la mejilla. Alguien cierra la puerta. No tardará mucho en volver a abrirse. Ahora lo ve, al joven del café. Se apoya en una chica de pelo rubio, le susurra algo, ella se ríe. Vibeke piensa que no puede tener más de diecisiete años.

La mujer de la seguridad social va de la mano de su novio. Se tropiezan con la chica rubia. Ella no parece darse cuenta. Muchos se han marchado cuando el grupo ha dejado de tocar, pero todavía queda bastante gente. El hombre le sujeta la puerta a la mujer. Vibeke ve que ella se protege del frío, como si pensara demasiado despacio y no hubiera tenido tiempo para prepararse. Piensa en el viaje en coche hasta casa, que es bueno irse con alguien de los sitios. Mira a Tom. Apoya la espalda en la barra, sigue con los ojos cerrados. Respira con regularidad por la nariz, profundamente. Admira su capacidad para relajarse. Casi parece dormido. Le entran ganas de tumbarse en una cama a mirarlo.

—¿Qué hacemos aquí? —dice ella.

Un acto reflejo de la mano, quiere acariciarle el cabello. Lo reprime, no desea invadir su espacio. No imponerse nunca.

—¿No podríamos irnos?

Habla en voz más alta, la hace surgir del estómago para que suene grave y sensual. Él se vuelve hacia la barra. Sobre un posavasos con publicidad de una orquesta local hay una jarra de cerveza.

—Primero voy a acabarme esta.

Levanta la jarra medio llena. La mira, hace un brindis. Le parece que tiene los ojos nublados. Puede que no sea del todo normal, piensa ella. Bebe un trago y se pasa la lengua por el labio superior mientras observa por encima de su cabeza a la gente que se marcha.

Han bajado la música. La chica de la barra coloca vasos limpios en soportes por encima de sus cabezas. Tintinean, alguien arrastra las patas de una silla. El taburete que tiene al lado se

queda libre. Se sube.

El humo huele distinto cuando lo has creado tú, piensa Jon. Gira un poco la cabeza y observa a la mujer del pelo corto. Con la boca cerrada vuelve a parecer un hombre, las mandíbulas se marcan. Ve que tensa y relaja los músculos de la cara, los tensa y los relaja como si fuera un latido. Intenta hacer lo mismo para ver cómo es, aprieta los dientes. No le sale del todo. Se le carga la mandíbula y hace muecas con la boca para relajarlas. Ella se gira y lo observa. Sigue apretando y relajando los músculos. No se da cuenta de que lo hace, piensa él. Se acuerda de un documental que vio en la televisión sobre lagartos del desierto, varios de ellos hacían ese movimiento con el cuello, recuerda la voz del locutor diciendo que lo hacían de manera instintiva antes de atacar a su presa. Cierra los ojos para no tener que verlo. Oye el murmullo de la calefacción. Decide contar todos los nombres de constelaciones de estrellas que se sabe. Cuenta despacio. Cuando no se le ocurren más, abre los ojos.

Ella está mirando por la ventanilla. Ha dejado de tensar los músculos. Jon piensa que ahora solo parece cansada otra vez. Se gira para ver qué está mirando. No hay nada, solo bosque.

—En mitad de la noche, en mitad del bosque, en mitad de una carretera desierta.

Mientras habla mira hacia el bosque. Cuando termina la frase, vuelve los ojos hacia él.

—Desde aquí no falta mucho para la ciudad, hay una gasolinera justo a la entrada —dice Jon—. Pero a mí me da igual, mi madre ya está en casa, estoy seguro.

—Mi madre, mi madre —imita, poniendo voz infantil.

Él se acuerda de uno de los vídeos musicales que ha visto en casa de la chica. La mujer que cantaba iba en un coche que conducía un hombre, estaban en un país desconocido, tal vez una isla de Italia. Conducían toda la tarde, empezaba a oscurecer y de pronto aparecía un edificio sobre una colina. El camino era cada vez peor y al final el coche se atascaba en un lodazal, primer plano de las ruedas dando vueltas, subían por la última curva hasta llegar a un edificio alto que tenía un cartel en la fachada donde se leía Hotel. El hotel era gris y no parecía que hubiera nadie, no se veía luz por ninguna parte y estaba en un lugar aislado. Cuando la mujer que cantaba y el hombre llevaban las maletas a la recepción, salían a su encuentro varias personas vestidas con uniforme. Entonces se acababa el vídeo.

—¿En este lugar la gente tiene motos de nieve? —pregunta la mujer.

—Sí —dice Jon.

—¿Por qué no van montados en ellas por ahí? Tiene que ser lo más práctico —dice ella—, pero no he visto ni una.

—No lo sé —dice Jon.

—¿Para qué las quieren, si no las usan?

Se acuerda de las motos de nieve que ha visto aparcadas detrás de las casas. Suelen estar pegadas a la pared, debajo de una lona. Están en el lado de la casa que da al bosque, los dueños ponen la rodilla en el asiento y el otro pie en la bandeja, tiran del cable de arranque y conducen casi de pie hacia los árboles, se alejan. Por las noches a veces lo despierta una moto de nieve que alguien arranca y después se aleja o por alguna que vuelve a casa. Las primeras veces el sonido le recordó a una metralleta.

—Sí, mucha gente las usa. Pero nosotros no tenemos moto. A Vibeke no le gusta la nieve. Pero yo tengo patines —dice Jon—. Y conozco a un hombre que ganó la carrera de Kalott antes de la guerra. Guarda sus patines en una caja del sótano.

—Pues vámonos —dice Tom.

Empieza a caminar hacia la puerta, Vibeke piensa que tendría que haber ido al baño. El local está casi vacío. Han encendido la luz del techo. Se fija en que las paredes están mal pintadas. Está sucio, los rodapiés tienen una gruesa capa de polvo. Tom sale primero, sujeta la puerta abierta de espaldas mientras mira hacia la calle. Ella se cierra la chaqueta alrededor del cuello con una mano, mientras con la otra mano comprueba si lleva el bolso y los guantes.

Sale más gente detrás de ellos, oye que la puerta se cierra y pasos que se alejan por la calle.

Siente el frío áspero en la cara. En las aceras se acumulan grandes montones de nieve. Al otro lado de la calle las máquinas quitanieves han dejado una furgoneta bloqueada.

Se queda parada, piensa en el silencio. Escucha, quiere decir, escucha lo silencioso que está todo. Mira hacia el cielo. Ya no se ven estrellas. Se habrá nublado. Él echa a andar hacia el coche. Ve que tiene el pelo de la nuca mal cortado.

—Tengo que ir al baño —dice.

Tom se detiene. Suspira profundamente. Ella se gira y agarra el pomo de la puerta del bar. Está cerrada. Llama con los nudillos.

Tom está un poco más allá y observa la calle. Tiene una ligera joroba en la espalda, arriba del todo. Ella tiene frío en la garganta. Un coche da marcha atrás, estaba aparcado mirando a la cafetería. Las luces blancas se apagan y se aleja. Es un coche de policía de los antiguos, cuadrado.

La chica del bar abre la puerta, la sujeta con el brazo derecho, pregunta qué quieren. Vibeke dice que tiene que ir al baño, que antes se le ha olvidado y tienen para un rato en el coche. La chica asiente antes de que Vibeke acabe de hablar, deja sitio para que pueda pasar. Vibeke nota que mira más allá, a Tom.

Piensa en diez cosas bonitas, se dice mientras está sentada en el retrete. El suelo es de azulejos, de cuadros verdes y azules. Junto al lavabo hay una papelera. Está demasiado llena y han caído tiras de papel al suelo. Alguien se ha secado los labios con un trozo de papel, puede ver la marca del carmín con toda claridad. Se cepilla el pelo una vez más. Así, piensa cuando contempla la voluminosa melena oscura alrededor de su cara en el espejo. Sonríe. Así está bien. Sonríe. Irá bien.

Cuando sale del baño, Tom y la chica están en la esquina de la barra, cada uno tiene un vasito delante y hablan en voz baja. Vibeke está sobre el estrecho escenario en el que ha tocado el grupo. Ahora es cuando se da la vuelta y me ve. Eres tan guapa. No oye lo que dicen. Baja la escalera y se acerca a ellos. La chica le dice hola y le pregunta si quiere tomar algo. Vibeke niega con la cabeza. Se siente un poco mareada, piensa que ha vuelto a fumar demasiado. Se queda junto a Tom oyendo cómo la chica habla de un concurso de pesca en el hielo que se organiza en un lago cercano. El lago Storvannet. Vibeke lo ha oído mencionar en el trabajo. No se ve desde la carretera nacional, pero parece que está muy cerca. Se ha fijado en que suele haber coches aparcados en un lugar concreto, será por ahí cerca. Tom hace comentarios sobre anzuelos de cuchara y el equipo necesario, técnicas. No sabía que eso le interesara.

Mira al techo. En el centro hay un ventilador cromado. Está parado. El techo es de anchas

planchas de madera, está pintado de marrón y los listones son negros y metálicos.

La señora del pelo corto se ha dormido. Tiene la boca cerrada. Jon piensa que a lo mejor lleva una dentadura postiza. Ya no tiene sueño. No sabe qué hacer ahora que ella está dormida. Voy a cerrar la puerta, ya eres mayor. La oscuridad no es peligrosa. Lo que te da miedo está en tu interior. Tienes que elegir, Jon, a qué quieres dedicar tu energía. Si quieres tener miedo, lo tendrás. Si no, solo tienes que evitarlo. Buenas noches. Mira hacia el bosque. Los ojos se le han acostumbrado a la oscuridad, ve con toda claridad los árboles pegados a la carretera. Parece que lleva un buen rato sin parpadear. A lo mejor se termina, piensa. Ahora mismo. En la nieve, cerca del coche, ve marcas a intervalos regulares, cree que deben de ser las huellas de algún animal.

Vibeke va hacia la puerta. Gira el pestillo, empuja la puerta y sale. Oye cómo la puerta se cierra.

Las farolas están apagadas, aquí las apagan en mitad de la noche. Solo tienen luz los letreros luminosos de neón, los escaparates, los anuncios próximos a un banco. Piensa en lo distinto que parece este lugar a oscuras. Ha leído sobre ello en un libro, no recuerda cuál. Si solo hubiera estado aquí de noche y luego hubiera vuelto de día, seguramente no lo habría reconocido.

Saca los guantes del bolsillo de la chaqueta y se los pone, se coloca bien la bufanda para que le tape la garganta. Voy a dejarlo solo un ratito, piensa, le voy a demostrar que tiene su espacio. Conmigo hay amplitud para que pueda relacionarse con más personas. Yo no puedo cubrir todas sus necesidades. Ni él las mías, llegado el caso. Dejándolo solo le estoy mostrando más de mí que si me hubiera quedado.

Va hacia el coche. Hace un poco de viento, junto al suelo se levanta algo de nieve.

Primero cree que la puerta está cerrada, pero se abre cuando baja la manilla con más fuerza y tira.

La tapa de la guantera se abre, la sujeta con la mano izquierda para que no haga ruido. Tiene hambre. Muchas veces se levanta por la noche para comer algo. En el recibidor siempre está encendida la luz, ilumina bastante la escalera. Parece que a Vibeke se le olvida apagarla. Corta pan y se prepara un sándwich, después lo guarda todo en su sitio, recoge las migas de pan de la encimera con la mano y las deja caer en el fregadero. Se sienta a la mesa de la cocina y mira hacia la calle mientras come. Le gusta mucho hacer eso cuando nieva, pone la radio bajita y escucha programas nocturnos, canciones que pide la gente, voces suaves y tranquilas.

La mira, sigue dormida. Encuentra algunos recibos y papeles del seguro, hojas con el logo de la feria en la esquina superior derecha. Hay una postal. La foto es de una puerta verde, rodeada de flores rojas, al otro lado de la ventana hay un jarrón amarillo con un junco dentro sobre una mesa marrón. Por detrás han escrito algo en un idioma que no entiende. Al fondo de la guantera encuentra un teléfono móvil. Lo coge y lo abre. Piensa en llamar a casa. Piensa en Vibeke, en que seguro que ya ha vuelto a casa, la tarta estará lista hace mucho, tal vez esté dormida. Si llama al timbre la despertará. Ella prefiere no hablar por teléfono. Me gusta verle la cara a las personas con las que hablo. Si suena el teléfono por la tarde quiere que él lo coja. Luego pregunta quién era, qué voz tenía. Qué han respondido cuando les ha dicho que no estaba en casa. A veces devuelve la llamada después de un rato. No debes dejar que otros controlen tus tiempos. Cierra el teléfono y lo vuelve a dejar en la guantera. Se preguntará quién es, seguro que cree que estoy durmiendo.

También hay unas monedas en la guantera, pero no se atreve a tocarlas por si la mujer se despierta y lo ve.

Parece que hace más calor dentro del coche que fuera, será porque no se nota el viento. Luego siente el frío, no llega poco a poco, como suele, de repente está ahí, sin más. La rodea por todas partes. Hace un frío que pela así sentada sin moverme, piensa. Pero luego decide que se quedará allí esperando hasta que llegue, aguantará. Aquí estoy, en silencio, cercana. Está de espaldas a la puerta del bar y no ve si se acerca. Cierra los ojos y se obliga a reclinar la cabeza y relajarse.

Se pregunta qué es lo que quiere dar a entender haciéndola esperar. Puede que esté buscando un límite. En ella. Algo que le sirva de referencia. Pero puede relacionarse conmigo tal y como soy, piensa Vibeke. Se puede recurrir al lenguaje. Nota ese pensamiento como un punto sobre la ceja izquierda. Lo aprieta con precisión con un dedo, pero no lo masajea mucho, le duele demasiado.

Oye los pasos solo uno o dos segundos antes de que él abra la puerta. Da un respingo. Se había preparado para esperar mucho rato y resulta que ya está allí.

La mira un momento, luego comprueba el salpicadero, los asientos delanteros y traseros, el suelo, los pies de ella, la palanca de cambios, los pedales. Piensa que es como si comprobara que todo está en su sitio.

No dice nada, se sienta y empieza a palparse los bolsillos. Vibeke piensa que ha hecho lo mismo cuando se han conocido en la feria. De alguna manera lo conoce, lo ve desde un ángulo desde el que él nunca se verá. Se levanta sobre el asiento y se toca los bolsillos traseros, pero no encuentra nada y vuelve a sentarse. Comprueba el bolsillo de la camisa bajo el jersey una vez más. Encuentra las llaves del coche. Ella tampoco dice nada. Cierra los ojos otra vez mientras él gira la llave, el coche arranca. La calefacción está puesta, hace ruido. Sale marcha atrás hacia la carretera, cambia de marcha y conduce hacia la cafetería. Vibeke ve que las luces del interior están apagadas.

Él da un volantazo en una rotonda, ella cae hacia su lado. Apoya la mano en el asiento de él y se incorpora.



Cuando va a cerrar la guantera aparece un caramelo amarillo en la ranura. Debe de haberse salido de una de las bolsas, porque está cubierto de polvo. Se lo mete en la boca y lo chupa. Sabe a mantequilla. Recuerda una canción que ha aprendido, va acompañada de movimientos que consisten en golpear con la mano el filo de algo con distintos dedos siguiendo un esquema determinado tan deprisa como se pueda. Es mejor con una superficie dura, pero tamborilea sobre el muslo para no hacer mucho ruido. Después de un rato intenta hacerlo con las dos manos a la vez, solo que así va más despacio. Quiere obligarse a ir más deprisa, luego nota una presión en el lado izquierdo de la frente.

Tom pone las luces largas, silba un poco, tira un paquete de chicles sobre el salpicadero y le pregunta a Vibeke si quiere. Ella niega con la cabeza. Ya han salido de la ciudad. Le cuenta una ocurrencia que él y algunos de los colegas de la feria tuvieron con una de las máquinas hace unas semanas, algo de unas adolescentes que habían cogido uno de los últimos viajes y ellos habían permitido que la atracción siguiera y siguiera sin dejarlas bajar. Se ríe.

—¿Qué estás haciendo?

Su voz suena enérgica y autoritaria, él no la reconoce. Jon deja de mover las manos y levanta los ojos hacia ella. Está reclinada como cuando estaba dormida, los ojos entornados, lo mira. Contesta que solo son unas cosas que está practicando. Ella no dice nada. Jon dice que es bastante difícil con las dos manos, lo hace unas pocas veces para demostrárselo. Vuelve a detenerse, quiere preguntarle qué le parece. Ella mira de frente a la carretera. Él sigue su mirada.

Enfilan una recta antes de llegar a la cuesta empinada que lleva al largo y llano tramo del bosque. Esta vez Vibeke reconoce el camino. Se le hace más corto cada vez que lo recorre. Parece que Tom se anima al ver la recta aparentemente infinita; acelera. Las luces largas forman un campo blanco y abierto que parece ampliarse sin fin. El universo en expansión. Es el título de un libro que tiene en la estantería, algo de ciencias naturales. Todavía no ha tenido tiempo de leerlo, siempre hay una novela que le atrae más. Alguna vez tendría que comentarlo con Tom. En cuestiones de física se siente totalmente ignorante, pero parece algo muy interesante.

Jon se deslumbra al mirar el coche que viene de frente, aparta la vista. Luego vuelve a mirar. El coche se aproxima, ve que tiene neumáticos grandes, es más alto que un coche corriente. Es un vehículo militar, piensa. Dentro de unos segundos las luces llegarán hasta aquí, iluminarán todo el interior y verán quiénes somos. Se agacha en el asiento, pone la cabeza sobre las rodillas. Lo hace deprisa, están en guerra contra los invasores y el haz de luz tiene un láser asesino. Ella le pregunta qué hace. No le da tiempo a contestar. El coche pasa lanzado.

—¿Lo has visto? —dice Tom.

Vibeke le pregunta qué quiere decir.

—El coche que acabamos de pasar.

—Sí -dice Vibeke; no entiende por qué de repente parece tan molesto—. No creo que fuera la policía.

—Pero había gente dentro. ¿Lo has visto?

—Tal vez solo sea alguien que ha salido de la ciudad para tener tranquilidad y silencio a su

alrededor. A lo mejor estaban escuchando música clásica.

Lo mira. Él mira fijamente a la carretera justo delante del capó. Le da pena, parece tan atormentado. Ojalá le permitiera ayudarlo.

Jon oye el ruido del coche que se aleja, están quietos como si los dos siguieran a la escucha. La oye sisear.

—Maldito imbécil.

La mujer del cabello corto enciende un cigarrillo y da varias caladas largas, muy seguidas. Se mueve muy despacio, pero las manos le tiemblan un poco. El coche vuelve a llenarse de humo.

Entonces gira la llave, pone las dos manos sobre el volante y da la vuelta al coche sobre la carretera. Una de las ruedas patina en la nieve antes de agarrarse.

Vibeke mira hacia el bosque oscuro, la carretera, las curvas, intenta calcular cuánto falta. Tom canta una cancioncilla con un número infinito de estrofas. Al final de cada estrofa golpea el volante dos veces con el dedo índice. Observa su cuerpo, su rostro. Tiene restos de pasta de dientes en la comisura de los labios, no se había fijado antes. Intenta recordar cuándo se ha lavado los dientes, puede que lo haya hecho en la caravana justo antes de salir. Siente un cansancio delicioso y quiere acurrucarse junto a él, dormirse, y luego despertar junto a alguien cálido.

—¿Cómo ves tu futuro?

—Si tan solo lo supiera... —dice Tom.

—Quiero decir que en la mayor parte de los libros hay un segundo capítulo, una continuación de la historia que ha empezado.

—Sí, eso espero, sí.

—¿Y la historia de esta noche. ¿Qué ocurre en ese capítulo dos?

Él suspira. Abre la boca, la cierra. Entonces dice:

—Tía, sabes tan bien como yo que no hay una continuación para algo que ni siquiera ha empezado.

Silencio. Vibeke se arrepiente de haber preguntado. Otra vez ha sido demasiado directa y él se siente presionado, invadido. Le molesta, en realidad últimamente se le daba bastante bien interpretar los límites de las personas. Pero en algunas ocasiones hay que arriesgarse, jugársela.

—A veces ocurren cosas en tu interior sin que seas consciente de ello. Un encuentro puede desencadenar cosas y solo más tarde entiendes que algo ha ocurrido, que te ha cambiado. Siempre hay que ser humilde y tener en cuenta que puede que no lo sepas todo.

Lo ve apretar los dientes. Hay algo impetuoso en él, piensa Vibeke. Le falta controlar sus arrebatos. Como eso de quedarse hablando con la chica del bar cuando sabía que ella estaba fuera, en el frío, esperando. Puede que esté loco. Puede que esté intentando controlarse, y que deba aferrarse al control que logre tener. Le parece que eso hace comprensibles las contradicciones que ve en él. Con frecuencia la alta capacidad intelectual y la locura están relacionadas, se acuerda de los libros que ha visto en la caravana. Viaja con la feria como parte de un plan de rehabilitación. La mujer de la peluca blanca también parecía muy rara.

Observa las balizas que señalan el camino a los quitanieves, la distancia regular entre ellas crea un ritmo en su cabeza.

Se siente sola y fuerte.

La señora del pelo corto dice que se siente bien y que deje de hacer esa tontería. Jon la mira, fuma intensamente, deprisa. No le pregunta si quiere. Puede que sea un hombre a pesar de todo,

piensa Jon, la nariz parece muy grande. Intenta ver si tiene paquete en los pantalones. Es imposible verlo, el jersey blanco le llega hasta las piernas. Tampoco puede verle los pechos, piensa, pero si los tiene, son bastante pequeños. Ella le pregunta qué mira, o mejor dicho él, piensa Jon, él y no ella es quien me lo pregunta.

—Nada —dice Jon y se mira las manos, los dedos; los compara con los del volante, no reconoce sus manos.

Salen de la curva y llegan al tramo alumbrado por farolas que está antes del desvío del pueblo. A la derecha ve las luces de la feria, los cables con bombillas, rojas, amarillas, verdes y azules, moradas y naranjas, formando arcos bajo el cielo negro. Como los collares de cuentas de cristal que tenía de niña. Recuerda de pronto las canicas, se mete la mano en el bolsillo y las toca. Ya no están frías. Saca una y la deja caer en el asiento, sin que él lo vea, un pequeño fragmento de ella que se irá con él sin que lo sepa. Puede que un día se la encuentre y se acuerde de ella.

Pasan por delante del ayuntamiento. Su despacho está al otro lado, no se ve la ventana desde la carretera. Él frena, avanzan despacio.

—Ya me dirás adónde vas.

Ella no contesta inmediatamente.

Él pisa el acelerador.

—Solo hay que seguir por la carretera —dice ella con suavidad para no provocarlo—. No falta mucho.

Jon finge que están en una nave espacial y que una presión tremenda lo lanza contra el asiento y salen disparados hacia el espacio. La mira, ella vuelve a apretar y aflojar los músculos de la mandíbula. Mira otra vez hacia la carretera, observa la luz de las farolas sobre la capa blanca de nieve que hay delante del coche, imagina que el coche es un robot y que pase lo que pase el robot está programado para encontrar el camino de vuelta a casa.

Vibeke mira por la ventana, el coche se desliza por delante del supermercado y la parada del autobús. Echa un vistazo al salpicadero, no va especialmente lento, solo tiene esa impresión por lo mucho que corría antes. Mira más allá, hacia las casas oscuras, los coches aparcados en los accesos, las cortinas echadas. Ve un perro junto a una puerta, está quieto y mira a la puerta, hacia el interior. Da la impresión de que lleva un rato allí parado.

—Es aquí -dice, señalando.

Él detiene el coche, deja el motor encendido. Ella mira hacia sus ventanas. Hay un poco de luz en el salón, sabe que viene del recibidor. Por lo demás las ventanas están a oscuras, piensa que parecen vacías, todas las plantas se le mueren. Todavía no ha comprado tela para las cortinas, echa la culpa a las pocas que hay disponibles pero en realidad no le gustan las cortinas, diluyen las líneas de las habitaciones.

—Es más acogedora por dentro de lo que parece desde fuera.

No le tiene miedo.

Él no dice nada. Está de frente con la cabeza inclinada, contemplando el volante. Luego se gira hacia ella.

—Tengo que volver, necesito dormir un poco antes de que se haga de día.

Ella lo mira con ojos cargados de consideración y respeto. Debe de estar más bloqueado de lo que deja traslucir. Lo observa, recorre su rostro una última vez, el cabello espeso.

—Cuídate -dice ella—. ¿Lo harás?

Lo dice enfatizando cada palabra para que él entienda que va en serio, que no lo dice por decir.

Él esboza una sonrisa.

Ella se desabrocha el cinturón de seguridad, lo suelta y la cinta se recoge. Tira de la pequeña manilla de plástico negro. La puerta hace un clic al abrirse, el frío le sube por las pantorrillas, por los muslos. Empuja la puerta hasta abrirla del todo y saca las piernas, el coche es alto y tiene que saltar para bajar. Vuelve a inclinarse hacia el interior y recoge el bolso que había dejado junto a los pies. Él mira la carretera.

Ella cierra la puerta, pero no con la fuerza suficiente, él se inclina sobre el asiento, la abre y lo hace otra vez. Se miran y él vuelve a sentarse. Mete una marcha y el coche se desliza. Acelera cuando se ha alejado unos metros.

Vibeke da un par de pasos hacia la casa. Al llegar a la esquina se gira y lo sigue con la mirada, las luces rojas dejan un rastro rosa sobre la nieve. Sigue hacia el norte sin dar la vuelta, como si supiera que un poco más adelante el camino vuelve a desembocar en la carretera nacional. Puede que sí haya estado antes por aquí. No se aclara con él. Su mirada parecía tan

inteligente.

Abre el bolso. Está un rato rebuscando, tiene los dedos fríos. Se acuerda de que tiene la llave de casa en el bolsillo de la chaqueta y la saca.

Giran frente al ayuntamiento, recorren el pequeño claro del bosque hasta llegar al centro social y el campo de deporte. En realidad no es un bosque, piensa Jon, solo unos pocos abedules. Las bombillas de la feria están encendidas, brillan con un montón de colores en la noche oscura. Jon piensa que es como si una colonia del espacio hubiera montado su campamento en la tierra y que las luces que lo rodean fueran rayos que protegen contra los invasores. Ella retrocede marcha atrás hacia un montón de nieve que han apartado las quitanieves, para el motor y apaga las luces, pero deja puesta la calefacción. Enciende otro cigarrillo y exhala el humo despacio mientras contempla las luces. Parece triste, piensa Jon. Las bombillas de colores dibujan manchas sobre la nieve. Piensa que las manchas se ven pero desaparecen cuando intentas tocarlas.

—Me acabo este cigarrillo y te llevo a casa, ¿vale?

La mujer esboza una sonrisa. Cuando sonrío sigue pareciendo triste. Él se gira y mira por la luna trasera. Varios abedules, unos pocos pinos aquí y allá. Una bolsa de plástico y botellas de cerveza vacías tiradas junto a un agujero en la nieve, los bordes ennegrecidos por una fogata.

Vibeke deja la chaqueta sobre la silla que está junto al teléfono, va al baño y se sienta en el retrete. Apoya los codos en las rodillas. La vida es enigmática, piensa, y sonrío para sus adentros mientras mueve la cabeza.

Otro coche se acerca al ayuntamiento. Pasa por delante del centro social. También es un todoterreno, se parece al que han visto por la carretera hace un rato, antes de dar la vuelta. El coche va hasta la misma puerta de la feria, allí se detiene. El conductor apaga los faros y el motor. Se baja un hombre con cazadora negra de piel y el pelo rubio y rizado. Cierra la portezuela. La abre y vuelve a cerrarla. Se queda un rato allí parado, vuelve la cabeza una vez, Jon tiene la sensación de que los está observando. El hombre empieza a caminar. Tiene un paso ligero, piensa Jon, como si diera saltitos.

El hombre cruza la entrada y desaparece en la oscuridad entre las atracciones.

La mujer apaga el cigarrillo en el cajoncito. Está lleno de colillas viejas y ceniza. Mira a Jon por el rabillo del ojo, sin mover apenas la cabeza. No me quiere mirar, piensa. Comprueba con la mano que no haya empezado a babear otra vez. Nota que está parpadeando. Intenta evitarlo. No ha babeado.

Ella dice que cree que su madre ya habrá llegado a casa. Lo presiente, dice, está casi segura.

—¿Te llevo?

Jon cree entender por su tono de voz que en realidad no quiere.

—Iré andando -dice—. No está lejos y conozco bien el camino.

—¿Estás seguro? -pregunta ella.

Jon contesta que sí, que no hay problema. Sale del coche, ella baja el seguro de la puerta, luego desciende por su lado y cierra la portezuela.

Durante unos instantes el silencio es total.

La nieve cruje cuando la pisotean hasta llegar a la carretera. La mujer dice hasta luego. Lo mira con la cabeza un poco ladeada. Luego se da la vuelta y se encamina con pasos cortos hacia el arco de luz que el hombre ha cruzado en dirección a la explanada desierta de gente. En la mano

lleva la peluca blanca, cuyo largo pelo arrastra por el suelo. Por fin se pierde detrás de una caravana.

Él pisa con fuerza. Hace ruido, es casi como un eco, cuando se para nota todavía más lo silencioso que está todo. Se pregunta si el frío amplifica los sonidos. Si hiciera el frío suficiente, se podría hacer estallar el globo terráqueo a base de estruendos.

Coge un atajo pisoteado entre el centro social y el supermercado. Finge que acaba de aterrizar en el mundo. Todas las personas que vivían aquí están muertas. Las ha matado la radiación. Camina deprisa entre las casas y casi corre hacia la carretera. Tiene frío en la punta de las orejas. Debe de haberse dejado el gorro en alguna parte, lo llevaba puesto cuando ha salido de casa. Se tapa las orejas con las manos para calentarlas. Se obliga a no mirar hacia los árboles, hacia el bosque, parece que cuando está solo siempre hay alguien en la linde.

Vibeke entra en el dormitorio, pone el despertador levantando una pestaña. No mira la esfera. Si descubre las pocas horas que faltan para tener que levantarse, se quedará pensándolo y no podrá dormir. Vuelve a dejar el despertador en el suelo. El estor ya está bajado, lleva así todo el día. Se desviste con los ojos cerrados, intenta convencerse de que ya está dormida. Aparta el edredón y se tumba boca arriba, se envuelve bien los pies y las piernas con el edredón. Se obliga a respirar despacio, profundamente, emplea una técnica que aprendió en un cursillo en su trabajo anterior. Consiste en relajar conscientemente cada parte del cuerpo, empezando por los dedos de los pies para ir subiendo de articulación en articulación. Al llegar a la cabeza nota que está casi dormida, recuerda los ojos marrones del ingeniero de la Sección Técnica.

Jon llega a la casa donde vive la chica. Mira hacia la ventana del primer piso, cree que debe de tratarse de la ventana de la habitación que ha visto por la puerta entreabierta. Las cortinas no están echadas, pero la luz está apagada. Seguro que la lamparita de la cama no está encendida, piensa Jon. Observa de nuevo, pero no hay nadie allí mirándolo.

De la casa del otro lado de la calle parte un sendero hacia el bosque. Pasados unos cien metros o así se llega a una pequeña cuesta iluminada. Los niños más pequeños esquían allí, fingen que se tiran por una ladera. Jon fue una vez con un chico de su clase, había cogido prestado a escondidas un trineo de remolque. A lo mejor fueron diez los que se montaron a la vez, cogieron muchísima velocidad, salieron lanzados hasta atascarse o chocar con un árbol, se cayeron y se les coló nieve por debajo del cuello de la chaqueta y la bufanda. Puede que ahora haya alguien allí, piensa Jon. Decide subirse al montículo más cercano para verlo. Si lo hago, piensa, mamá estará en casa cuando llegue.



El frío le escuece las orejas y la frente. Está encima del montículo, detrás de las casas, junto al bosque. Los focos iluminan la cuesta. Cree oír unas voces, pero no ve a nadie.

La nieve está marrón y amarilla bajo la luz, negra en los huecos en sombra. No parece haber peligro. El bosque está en silencio. Jon piensa que si se dirige hacia las luces será él quien gane porque estará haciendo algo que no se atreve a hacer.

Mira hacia delante, entre las huellas de los esquís y las pisadas, para poner los pies solo allí donde nadie lo ha hecho antes. Sigue un ritmo con la respiración, intenta que suene como una locomotora.

Levanta la vista. Solo ha recorrido mitad del camino. Puede que esté más lejos de lo que pensaba. No va a volver a mirar hasta que la cuesta empiece a descender.

El último trozo está empinado, pero no quiere contemplar la vista hasta que llegue arriba. Tiene las piernas congeladas. El viento se cuele por dentro de la chaqueta. La otra que tuvo se podía cerrar por abajo tirando de un cordón, pero esta no.

Al llegar arriba del todo se gira y mira hacia el pueblo. Las farolas forman una larga elipse luminosa. Parece tan lejano. Es raro pensar que vive allí, parece un lugar desconocido, un arco de luz en un planeta extraño. Quiere irse a casa. Está helado. Le escuece, tiene la cara rígida, los dedos, los muslos. Quiere llegar a casa ya. Se imagina que puede parpadear y aparecer allí. ¿Y si no encuentra el camino y se pierde? Aquí, en la cima de la colina, bajo los focos, todo el mundo puede verlo. Una mancha oscura que se mueve. No debe darse la vuelta. Al otro lado del montículo el sendero continúa por el bosque y sube hasta la montaña. Si se gira ahora, lo agarrarán y lo llevarán con ellos. Entonces nunca volverá al camino.

Baja la cuesta con cuidado para no resbalar en las partes cubiertas de hielo. No se da la vuelta. Camina despacio. No hay que dejar ver que tienes miedo. Entonces es cuando te cogen, cuando notan que estás asustado. Menos mal que en la oscuridad no pueden ver que está parpadeando. Hace el ruido del tren en su interior. Consigue que sea rápido y regular. Luego nota que el pis le corre por el muslo, pero sigue andando y hace como si nada para que no se note.

Solo queda el último tramo de bajada del montículo, es corto. Corre hacia la llana carretera para ponerse a salvo. Sus piernas no quieren ir lo bastante rápido, se tropieza en unas huellas profundas y cae boca abajo, se protege con las manos. Es como si alguien lo cogiera de las piernas, pero se arrastra lo más rápido que puede, hinca los dedos en la nieve. Se pone en pie y se tambalea hasta la carretera. Está a salvo. Vuelve a caerse, pero no importa, está seguro.

Se levanta y sigue caminando hacia casa. Se da cuenta en cuanto dobla la esquina. El coche no está. Se para. No sabe qué hacer. Seguro que ha tenido un accidente de verdad. Está tirada en algún lugar de la carretera, muerta. Y él irá a un orfanato. Intenta imaginarse cómo será.

Seguro que ya es más de medianoche, piensa. Hoy es su cumpleaños, ya tiene nueve años.

Una colisión al volver de la ciudad. Es culpa suya.

Si no fuera por su cumpleaños todo hubiera sido como siempre. Se promete que si todo va bien nunca más tendrá cumpleaños. No necesita regalos. Va a dejar de parpadear, practicará para estar mucho tiempo sin respirar.

Se desvía junto a la casa y sube la pendiente hasta la entrada.

El acero del pomo está cubierto de hielo, le apetece poner la lengua. Piensa en lo que ocurriría, la piel, la sangre. Alguien habló de eso en el colegio. No lo hace. Contiene la respiración y trata de oír el coche de Vibeke. Puede que todavía esté de camino, que solo se haya retrasado, que haya surgido un problema.

No oye nada, ni siquiera la carretera nacional. Antes tenía frío en los dedos de los pies, en la parte delantera de los muslos, detrás, en las pantorrillas. En las mejillas, la boca. En las manos. Ahora ya no lo nota. Da unas patadas a un montón de nieve que él mismo ha apartado, no le sale bien, solo se desprenden unos cuantos pegotes. Coge un montoncito con la mano. Parece caliente. Rompe un trozo con los dientes, lo mastica.

Se sienta. Está cansado, como cuando ha estado todo el día jugando al baloncesto y las piernas y los brazos cuelgan pesados como troncos. A lo mejor llega pronto. Pega la oreja a tierra para ver si oye algo, incluso desde muy lejos es capaz de decir si es su coche.

Cierra los ojos. Imagina el coche. Está bien, entero. Ve las ruedas que giran sobre la nieve.

Las ruedas van sobre raíles en la nieve. Es un tren, piensa, va por la carretera que atraviesa el pueblo, con una locomotora roja y brillante. Eso dijo, que vendría en tren, que lo llevaría con ella. Irse de viaje juntos.

¿Y no es el silbato eso que oye, un ruido seco y ondulante? Sí, lo oye, a duras penas. Entonces el tren no tardará mucho en llegar.

Se estira boca abajo, encuentra la postura en la que suele dormir. En su cabeza todo está oscuro, en silencio.

La esperará aquí.